

PUNTO
ROJO

embrión del FBI



ralph barby



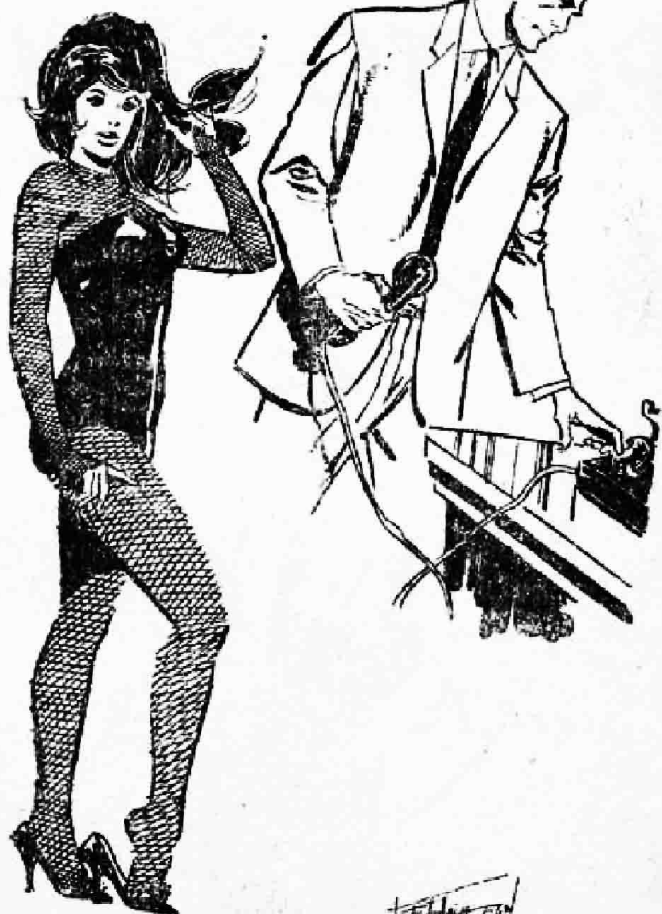
COLECCION

PUNTO ROJO



NOEMI

FRED
BAXTER



RALPH BARBY

EMBRION DEL FBI

Colección **PUNTO ROJO** n.º 280
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Dépósito legal: B 13.664 - 1967

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: setiembre 1967

© RALPH BARBY - 1967
sobre la parte literaria

© ANTONIO BERNAL - 1967
sobre la cubierta

© PEÑA - 1967
sobre las ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1967

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección COLORADO:

515. —Un amigo leal.

En Colección KANSAS:

449. —La horca espera una mujer.

En Colección CALIFORNIA:

537. —El quijote azteca.

En Colección BRAVO OESTE:

322. —El gigante del «trail».

En Colección SERVICIO SECRETO:

873. —Luna Vieja llama a Calígula.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

156. —El loco ratón.

En Colección SALVAJE TEXAS:

588. —Una moneda de dos caras.

CAPÍTULO PRIMERO

Mickey Slatery torció sus labios en un rictus de desagrado. Movi6 sus piernas arqueadas y corri6 hasta su «Chevrolet» 65 gris oscuro que dejara en la esquina.

Cuando abri6 la portezuela, su rostro expres6 primero sorpresa y luego su malhumor aument6.

—Janet, ¿qu6 haces aqu6?

—Hola, Mickey —respondi6 la mujer alegremente y con una despreocupaci6n que irrit6 a6n m6s al hombre.

Janet Maywood era una pelirroja cuarentona que hab6a sabido conservar su cuerpo, pero que no pod6a zafarse de una expresi6n eternamente est6pida y una verborrea cotorrante seg6n la opini6n de sus conocidos.

Por ello, jam6s hab6a podido «pescar a un hombre» como dec6a ella. Janet era una de tantas mujeres que acompa6aban a los hombres adinerados o que le ca6an simp6ticos en la c6lida Florida.

—¡Largo de aqu6! —orden6 el hombre, destemplado.

No pod6a decirse que Mickey Slatery hubiera tenido suerte en la vida con respecto a su f6sico, pero se defend6a con las mujeres gracias al dinero que ganaba a las6rdenes de su jefe, el m6s poderoso que conociera hasta entonces, Jack «el Sonriente».

—¿Molesto, querido?

—¡Molestas y me irritas! —respondi6 sin contemplaciones.

Abri6 la portezuela, y cogiendo con una de sus manazas el brazo desnudo, tir6 de la mujer sac6ndola materialmente del auto.

Si hubiera estado sereno en aquellos momentos, Slatery se habr6a percatado de que los m6sculos femeninos, ya blandos, respond6an a sus cuarenta a6os, y no a los veinticinco que ella se empe6aba en sostener contra viento y marea.

—¡Bruto! —chilló ella en pleno Bayshore Boulevard de la atractiva ciudad veraniega de los poderosos magnates, Tampa.

—No me molestes ahora, Janet, largo —repitió el hombre, ya un tanto calvo.

La pelirroja se puso cómicamente de lado, para mostrar el perfil de sus caderas y senos, y preguntó:

—¿Es que ya no te gusto?

Como que estaba exhibiéndose en plena calzada, tuvo que oír varios halagos del más subido color que la hicieron sonreír, pero no a Slatery.

—¡Déjame ahora, Janet! ¿Cuántas veces tendré que decírtelo? —Percatándose de que la mejor manera de librarse de ella era haciéndole caso, indicó—: Ya nos veremos esta noche en el «Club 13».

—Bien, querido, allí te esperaré. Ah, trae la cartera bien llenita, ya sabes que en el «13» el champaña se cobra caro y a mí no me gusta nada más que no sea champaña. ¡Soy tan elegante...! —terminó enfáticamente, clavando sus pupilas en el límpido cielo costero.

Mickey saltó al interior del coche. Se puso al volante y gruñó:

—¡Vete al infierno!

Poniendo el contacto, comenzó a rodar entre el farragoso tráfico pese a la temprana hora matinal.

Ya más tranquilo, circulando entre la abigarrada multitud de vehículos al igual que si paseara por la Quinta Avenida neoyorquina, sin escuchar apenas los claxons que sonaban por todas partes como si la población poseyera una infernal orquesta propia, puso un diminuto llavín en la cerradura de una guantera disimulada y ésta se abrió.

—Mientras «el Sonriente» no me esté llamando como un loco... —se dijo entre dientes, inquieto.

Como suponía, un pequeño piloto rojo se encendía intermitentemente.

Slatery lo miró preocupado y rápido oprimió otro botón. En voz alta dijo:

—Mickey al habla, cambio.

Al tiempo que sus ojos observaban distraídos la calle y su pie aflojaba el acelerador, pues una luz roja se encendía frente a él,

escuchó al ser que hablaba por el altavoz de un radiotransistor de coche.

—Estúpido, ¿dónde te habías metido? —inquirió una voz no muy grave pero sí tajante que no podía pertenecer a nadie más que a Jack «el Sonriente».

—Jefe, es que...

—Cierra el pico, estúpido; tus excusas me sobran y ahora, óyeme bien.

Cada vez que hablaban, cortaban el circuito para dar paso al interlocutor. Jack «el Sonriente» controlaba desde su guarida todas las radios de sus secuaces, pudiendo cortar o continuar a placer.

Según Jack, los japoneses eran fabulosos en el mundo de la electrónica y él, el jefe de uno de los gangs más poderosos y que actuaba completamente en la sombra, se servía a placer de dichos adelantos.

—Ya escucho, jefe —asintió Slatery, servil.

—Nuestro profesor ha dado el chivatazo, cambio.

—¿Al F.B.I.?

—Eso es, ¿a quién, si no, iba a darlo?

—¡Pues estamos perdidos! —Se asustó Mickey.

—No tan aprisa. Hartman ha dado el chivatazo, pero es cosa secreta. Hemos controlado su conversación telefónica, sólo el inspector Carrigan conoce el caso y debe entrevistarse con el profesor dentro de veinte minutos.

—Nuestro viejo amigo Carrigan... ¿Es él quien se encarga del asunto? —inquirió Slatery recordando al sagaz y conocido inspector federal.

—Sí, el mismo, pero pronto dejará de ser un viejo para convertirse en cadáver. La posición horizontal le irá mejor para el reuma.

—No pensará liquidarlo, ¿verdad jefe?

—Yo no, lo harás tú.

—¿Cómo? ¡Pero, controlar a los federales, saber sus nombres y dónde están, para esquivarlos en el momento oportuno y preciso, no es lo mismo que liquidarlos! ¡Eso resulta muy peligroso, sus compañeros se nos echarán encima!

—Deja de gruñir, Mickey. Si no quieres ser tú quien practique la horizontal a seis pies bajo tierra, cierra el pico, escucha y obedece.

Cambio.

—Bien, jefe.

—Vete al encuentro de Carrigan, seguramente saldrá ahora de la oficina federal. Irá solo, así lo ha estipulado el profesor.

—¿Qué medios utilizo? —interrogó ya sumiso.

—Achichárralo, será más efectivo.

—Eso traerá mucha espectacularidad, jefe.

—Bien, me gusta, siempre he preferido los espectáculos vistosos, aunque sólo me entere de ellos de oídas. Ah, procura que no te pesquen. Sentiría no poder mandarte flores.

—Es que, jefe... —protestó Slatery. Mas, el piloto rojo se había apagado.

Jack «el Sonriente» no estaba ya al otro lado de las ondas.

Mascullando imprecaciones, Slatery condujo el «Chevrolet» a una calle solitaria. Una vez en ella, frenó. Lo que no vio es que otro automóvil se detenía no muy lejos de donde él se encontraba.

De debajo del asiento sacó un arma extraña, parecida a un extintor de incendios y que en su parte alta llevaba una pistola semejante a las utilizadas para pintar.

La dejó en el suelo, al alcance de su mano, y después extrajo del bolsillo una careta de caucho que aplicó a su rostro, de tal modo que éste cambió por completo. A los ojos del mundo, Slatery ya no era el mismo.

Dentro del «Chevrolet», nadie había captado el cambio. Podía estar tranquilo.

Condujo el coche por el dédalo de calles portuarias. Muchas de sus casas construidas de madera. Era el símbolo de un tiempo ya caduco.

Tomó la calle 24 y siguió por ella en dirección norte. No tardó en llegar a la oficina federal que tan bien conocía. Una vez allí, con frío y sudores de miedo, había estado retenido en ella pero Jack «el Sonriente» supo sacarlo del aprieto.

Vio a un hombre ya entrado en años, pero aún ágil y erguido. Era, nada más y nada menos, que el popular inspector Carrigan, el federal que capitaneaba a los muchachos que protegían la base de lanzamientos de Cabo Kennedy.

—Ahí está el pichón...

Slatery vio cómo el federal descendía las escaleras de la oficina.

Ya en la calle, se detuvo para sacar un cigarrillo de su bolsillo. Su coche estaba cerca, muy cerca, pero también había dos más policiales, uno al servicio del F.B.I, y otro de la metropolitana local.

—Tendré que darme prisa y aprovecharé ahora que quiere encender su pitillo. Si le hace falta fuego, yo se lo daré.

Como si se dispusiera a aparcar, disminuyó la marcha y desvió el «Chevrolet» hacia la izquierda.

La calle era de dirección única, lo que iba a ayudarle en su trabajo.

Mediante la manecilla bajó rápidamente el cristal de la portezuela y sacó por ella el cañón de su extraña y mortífera pistola. Después, gritó:

—¡Eh, federal! ¿Busca fuego?

El inspector Carrigan, sorprendido, alzó su rostro y pestañeó aún con el cigarrillo entre los labios.

Para él, el mundo adquirió un violento color rojo y un alarido feroz, infrahumano, brotó de su garganta.

Al apretar Slatery el gatillo de su lanzallamas, surgió de éste un voraz chorro de fuego de más de veinticinco pies de alcance con un diámetro en su extremo de unas cuarenta pulgadas.

Una mujer, al presenciar la horrible escena, lanzó un grito y cayó desmayada.

Tres hombres se lanzaron a una carrera desenfrenada para huir del lugar, temerosos.

El inspector Carrigan, envuelto por completo en llamas, se tambaleó, dio unos pasos y cayó moviéndose convulsivamente.

—Asunto cumplido —gruñó Slatery sonriendo tras la máscara. Apretó el acelerador y guardó en el asiento la mortífera arma.

En aquel momento, un «Ford» de modelo ya antiguo, y un tanto despintado, se puso a su lado en paralelo.

Una voz conocida brotó por su ventanilla.

—¡Mickey, ¿qué has hecho?! —gritó la mujer.

Slatery, sorprendido, giró su rostro. No pudo por menos que exclamar:

—¡Janet, maldita sea tu estampa!

La pelirroja, al ver aquella cara desconocida, pues ignoraba que el propio Slatery se hallaba tras la máscara de caucho, gritó poniéndose las manos en la boca.

—¡Socorro, es un monstruo!

—¡Ahora verás, estúpida, vas a dejar de molestar para siempre!

De nuevo, el chorro de fuego brotó del arma penetrando por la ventanilla del vetusto «Ford», también abierta.

La mujer quedó envuelta en llamas. Poco después, carbonizada, sería imposible de reconocer aun por sus más íntimos amigos.

Terminado su brutal doble crimen, realizado en apenas unos segundos durante los cuales la calle había quedado desierta de peatones, Slatery hundió hasta el fondo el acelerador cuando ya las ametralladoras tableteaban a su espalda.

—Si no salgo de ésta, alguien tendrá que pagármelas —masculó escuchando intranquilo cómo los proyectiles perforaban la plancha del «Chevrolet».

Ya lanzado a velocidad suicida por el centro urbana de Tampa, persiguiéndole dos coches, el del F.B.I. y el de la metropolitana, Mickey Slatery sintió una sacudida en su cuerpo. Luego, otra y cayó sobre el volante. El dolor era insoportable.

Una bala le había entrado, aunque de modo superficial, por el costado y la otra le partió el omóplato enterrándose en el hueso.

Por un instante, Slatery estuvo a punto de perder la conciencia y terminar sus días de asesino a sueldo acribillado o estrellado contra la pared de un edificio.

Mas, consiguió rehacerse y siempre volcado sobre el volante comenzó a rodar por la ciudad a la máxima velocidad que daba de sí el potente automóvil.

Los demás coches que circulaban por el centro de Tampa se apartaban asustados ante aquel suicida que prefería morir hecho pedazos contra cualquier muro que caer en manos del F.B.I.

Logró introducirse por callejas más estrechas. Los dos coches de la policía le iban a la zaga muy de cerca cuando un autobús les cortó el paso, quedando trabado en medio de la calle a causa de los embotellamientos que Slatery producía.

Ya las balas no podían buscarle. Jadeante, con respiración espasmódica y llena su ropa de sangre, farfulló:

—Malditos seáis todos... No, no me cogereís, si llego hasta Jack él me sacará del aprieto.

Fue a parar a una calle que conducía perpendicular al muelle y por la que no recordaba haber pasado jamás.

Mickey no era tonto. Había sido perseguido muchas veces para ignorar que ya todas las patrullas policiales le estarían buscando, taponando las calles de Tampa y estrechando su cerco más y más hasta darle alcance.

Por tanto, nunca conseguiría la huida con su «Chevrolet» perforado por las balas.

Apenas cien yardas le separaban del muelle cuando abrió la portezuela y se dejó caer al suelo, hecho un ovillo.

El dolor en la caída fue intensísimo. Por un instante temió no poder volver a levantarse del húmedo y áspero asfalto.

Cuando alzó la cabeza tuvo tiempo de ver cómo su «Chevrolet» arrollaba a un pacienzudo pescador y ambos se precipitaban en las aguas oscuras y oleosas como las de cualquier puerto del mundo. Se sucedieron gritos de asombro. Pronto, junto a la cesta del pescador que quedara solitaria al borde del muelle, se reunió un grupo numeroso de curiosos. Todos señalaban con sus manos a las aguas que se arremolinaban al absorber el automóvil buena parte de ellas.

Sufriendo agudas convulsiones, se levantó y echó a correr con su brazo izquierdo colgando inútil. La sangre le chorreaba a través de los dedos y dejaba tras de sí un rastro visible, demasiado visible.

Dobló una de las calles, y al ver un auto-taxi

sonrió en medio de su doloroso rictus. Sin dudar un momento, abrió la portezuela y se metió dentro.

—¿Adónde vamos, señor? —preguntó el conductor.

—¡Al infierno!

Extrañado, el chófer se giró.

Al advertir la sangre en la chaqueta de Slatery y su rostro, que deformado por la careta ofrecía una expresión demoníaca, trató de huir pero pronto su deseo fue cortado en seco.

—¡Quieto imbécil! Si no te vuelves, te vuelo la tapa de los sesos —advirtió amenazador.

Una gruesa «*Parabellum*» se apoyó en la nuca del taxista que dijo temblando:

—Yo, yo no diré nada, ¿puedo escapar? Le, le dejo el coche...

—Lo que harás es salir a escape de aquí. Si yo muero, tú te vienes al infierno conmigo. ¿Entendido?

Con el alma en vilo, temiendo que de un momento a otro aquel

fugitivo desesperado y herido, posiblemente de muerte, le acribillara a balazos, el chófer puso el autor en marcha y salió a buena velocidad de la zona portuaria.

Al pasar por la calle 40 vieron ante ellos un coche patrulla de la metropolitana que les cortaba el paso.

El chófer, muerto de miedo, inquirió:

—¿Qué hacemos ahora?

—Seguir adelante. Ya sabes, si nos paran, tú eres el primero en caer.

La amenaza de Slatery, que se pegó al asiento trasero para no ser descubierto, tuvo su efecto. Los policías les dejaron pasar sin contratiempos. Ellos buscaban un «Chevrolet» acribillado a balazos y no un taxi «Mercury».

—Y ahora, ¿adónde debemos dirigirnos?

—Toma la carretera del Este. Hay que abandonar la ciudad.

El chófer obedeció. Su mujer le esperaba a la hora de la comida y él no pensaba perderse el plato de sopa.

A la salida de la población, dos motoristas controlaban ya los coches.

El taxista palideció. Slatery, sudando sangre, se arrancó la careta y ordenó:

—Continúa, aprieta el acelerador. —Y para ser obedecido más rápidamente, apoyó el cañón de la automática en el cuello del conductor.

—¡Alto, alto! —gritaron los motoristas.

Ambos tocaron el silbato estridentemente, y uno de ellos se quedó controlando la circulación y el otro se lanzó a toda velocidad con su potente moto a perseguirles.

—Esa moto nos alcanzará —indicó el chófer temblando de pánico.

—Tú sigue y no te preocupes de nada —arguyó Slatery. Se volvió y con el cañón de su pistola rompió el cristal posterior.

Hizo fuego contra el motorista por dos veces. Éste, encajando una de las balas en el pecho, cayó sobre el volante perdido el control de la «Harley».

Se precipitó espectacularmente sobre la amplia autopista, quedando tendido en ella. La moto continuó dando vueltas sobre sí misma produciendo un horrible y escalofriante sonido.

—Asunto arreglado —masculló Mickey Slatery.

El chófer tragó saliva. Acababa de darse cuenta más palpablemente de que con aquel viajero no se podía jugar. La cosa iba en serio.

—¿Y hasta dónde debemos seguir?

—En la milla treinta y cuatro verás un camino vecinal. Métete en él hasta que veas un gran roble.

—Entendido.

Ya libre de perseguidores, el chófer cumplió lo ordenado.

Una vez en la milla indicada, desvió por la senda y no tardó en encontrar el roble.

—¡Detén el trasto, rápido!

El conductor no se hizo de rogar y apretó el freno, lanzando una gran polvareda al aire. Después, respiró hondo. Parecía que la pesadilla iba a terminar.

—Bueno, ya hemos llegado —arguyó. La voz apenas salía de su garganta.

—Te has portado bien, amigo y yo quiero recompensarte.

—No, no hace falta —se apresuró a decir.

—Sí, sí, quiero pagarte. No llevo plata encima, pero sí puedo darte plomo.

El taxista abrió los ojos como jamás lo hiciera. Giró su rostro y divisó dos lucecitas anaranjadas. No tuvo tiempo de escuchar las detonaciones.

Una bala le entró por la boca y otra le perforó la frente. Su cabeza se decantó y la sangre comenzó a teñir también el asiento delantero; el posterior ya estaba empapado.

Mickey Slatery abandonó el coche con el cadáver dentro y apenas sin fuerzas comenzó a andar por el camino vecinal.

En el suelo descubrió grandes huellas de neumáticos. No cabía duda; «el Sonriente» estaba cerca.

Cuando hubo avanzado una milla, las fuerzas le abandonaron y cayó entre unos arbustos, inconsciente.

Despertó cuando el sol estaba más alto. Miró su reloj, cerca de cuatro horas habían transcurrido desde que organizara su masacre en Tampa.

Volvió a ponerse en marcha ascendente. Carecía casi de fuerzas y a cada momento miraba hacia atrás, temiendo ver aparecer de un

instante a otro los hombres del F.B.I.. Pero la suerte, dentro de lo que cabía, le estaba acompañando.

Al fin, un resplandor plateado estuvo a punto de cegarle.

Un gran camión de vegetales congelados de la compañía Barton por poco no le arrolló. Como un loco corrió hacia él. Ya junto a la cabina, comenzó a golpearla con el pie, falto de fuerzas para abrirla.

Desde el interior, alguien le franqueó la portezuela. Dos manazas más propias de un gorila que de un hombre lo izaron en el aire.

—Vaya, al fin llegaste Mickey. Jack te espera.

—Hola, «Cocotero» —saludó Slatery apenas sin voz al reconocer al mestizo cubano.

Pronto fue trasladado al interior de lo que en apariencia era una cámara frigorífica, pero que en realidad era el cuartel general ambulante de Jack «el Sonriente».

Unos ojos ocultos tras unas gafas grandes y oscuras le miraron. Jack estaba haciendo honor a su apodo, sonreía.

Jack era un sujeto ágil, de mediana edad. Le agradaba vestir con camisa negra, corbata blanca y sombrero de paja color negro brillante. Era un asesino despiadado pese a su apariencia de turista yanki en la Florida.

—¿Qué te ha ocurrido, Mickey? —inquirió sin dejar de sonreír.

—Me han dado, Jack. Ha sido en la huida.

—Muy mal estás trabajando últimamente, Mickey —objetó moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Ha sido por culpa de una maldita ramera. A ella la he enviado también al infierno.

—Sí, ya lo sabemos, lo han dicho por las noticias de la radio. Están muy dolidos por la muerte del inspector Carrigan, todos te buscan.

—Sí, pero afortunadamente ya estoy a salvo, no me pescarán —gruñó Slatery dejándose caer en una silla.

«Cocotero», el más fornido del grupo, le observaba preocupado. Le imitaban Ben Trakope apodado «el Marine» y que llevaba el control de las radios y Baldini, a quien «el Sonriente» solía llamar «Spaguetti» dada su nacionalidad italiana.

—Hemos captado la radio policial. Sabemos que has huido en un taxi, ¿dónde lo has dejado, Mickey?

—Al final del camino, junto a la autopista —se apresuró a aclarar Slatery. Ya no sangraba, pero la sangre reseca acartonaba sus ropas.

«Cocotero», «Marine» y Baldini miraron ahora a su jefe sin abandonar su inquietud. Sin embargo, éste continuaba sonriente.

—Ha sido una torpeza por tu parte, Mickey. Podían haberos descubierto, quizás el taxista ha dado ya el soplo a los federales.

—No, no podrá. Le he pagado la carrera con plomo.

—O sea, que está al principio del camino.

—Sí —asintió Slatery.

—Peor que peor. —Se volvió hacia el italiano y ordenó—: Tú, ponte al volante, nos largamos de aquí volando. Esto pronto será un nido de polizontes.

—«O. K.», jefe —asintió Baldini.

Pasó a la cabina y cerró la puerta que daba a la guarida camuflada en la cámara del frigorífico. Poco después, el gran camión iniciaba la marcha.

—No, no creo que lo hayan descubierto aún. El sitio donde lo he dejado estaba solitario.

—No te excuses, Mickey, has cometido demasiados errores. Por culpa de una mujer, como siempre, te has metido en líos. Te han dado y has dejado pistas y huellas de sangre por todas partes. ¿Cuánto crees que tardarán los nenes del F.B.I, en capturarte?

—No, no me cogerán. Ya estoy a salvo, lo que necesito es un «doc» para que me cure. No puedo tenerme en pie, estoy malherido.

«El Sonriente» movió una vez más la cabeza al tiempo que chasqueaba sus labios en señal de desagrado.

—No, no, Mickey, un «doc» sería contraproducente. Digamos que trabajas mal y que no sirves. —Extrajo una pistola y montó el cargador tranquilamente, como si se dispusiera a tirar sobre un simple blanco de papel.

Slatery, que se figuró lo que iba a ocurrir, se irguió casi de un salto poniendo su mano por delante y farfulló asustado:

—¡No, no Jack! ¡Yo he obedecido, he liquidado al federal como tú querías!

—Sí, lo sé, pero trabajas mal, ya te lo he dicho. Con anterioridad te he sacado de apuros pero esta vez la cosa está más difícil, no íbamos a encontrar un «doc» que te curara. ¿Cuánto tiempo ibas a

resistir con las balas en el cuerpo?

—¡Resistiré, resistiré, te lo juro, pero no me mates!

—Es inútil Mickey, adiós y buen viaje. Recuerdos a Satanás de parte de Jack «el Sonriente». —Y disparó una sola vez, no hizo falta más.

Con una roseta sobre el corazón, Slatery cayó hacia atrás derribando la silla.

Golpeó con su cabeza la pared interior del camión y quedó en el suelo, inmóvil para siempre.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó el mestizo cubano.

—Tú mismo te encargarás. Coge un soplete y quémale los dedos, que no puedan sacarle las huellas. Luego, lo desnudas y cuando encontremos un lugar solitario lo pondremos delante de las ruedas del camión. Seguro que quedará irreconocible.

El corpulento «Cocotero» metió sus manazas en los bolsillos y asintió con la cabeza.

Lamentaba la muerte de Mickey, siempre se había portado bien con él pero pronto le pasaría la morriña. No era el primer compañero que el jefe eliminaba.

—¡Jefe, jefe! —llamó el antiguo telegrafista de la Navy—. ¡Están preparando el lanzamiento del «Géminis»!

«El Sonriente» se encaró con el televisor colocado sobre el emisor y transmisor de gran potencia con el que se controlaban los mensajes policiales.

—Sube el tono, «Marine» —pidió.

Pronto, el locutor de la emisora televisiva dejó escuchar su voz fuerte, casi agresiva.

—La cuenta atrás no se ha contado, señoras y caballeros, pronto podrán presenciar en directo, gracias a Florida Televisión Corporation el lanzamiento del «Géminis» no tripulado, propulsado por un cohete «Titán». El proyecto Apolo sigue su marcha. ¿Seremos nosotros, los norteamericanos, los primeros en poner los pies en la Luna? Seguro que sí, nuestros sabios lo dan por hecho.

Jack inquirió:

—¿Cuántos segundos faltan para el lanzamiento, «Marine»?

Ben Trakope llevaba el control de tiempos y electrónica en la banda de «el Sonriente», quien se había organizado con una meticulosidad y tecnicismos que habrían de asombrar al propio

Hoover, director del F.B.I.

—Faltan veinte segundos.

En la pantalla de televisión podía verse ahora el cohete con su cápsula. El andamiaje metálico acababa de ser retirado. Erguido y esbelto apuntaba al cielo, su meta.

—Señores, faltan escasos segundos. Pronto retransmitiremos la voz del cronometrador oficial por nuestra antena y de este modo experimentarán la indescriptible emoción del lanzamiento. No es uno más, es el último y el último siempre es el más importante. Pasamos la voz, atención. ¡Adelante!

En aquel momento, la voz de un hombre que no podía verse comenzó a contar:

—Diez, nueve, ocho, siete...

Mientras seguía contando apareció en escena un automóvil a toda velocidad, levantando una gran polvareda. Se dirigía recto hacia el cohete.

La voz del locutor de televisión tapó la del cronometrador al decir:

—¡Señores, ese hombre está loco, loco al ir hasta el cohete! ¡No podrá retrasar el lanzamiento, si es eso lo que pretende!

Del coche saltó un hombre que fue prontamente reconocido por los *gangsters*.

—¡Si es nuestro amigo Walter von Hartman!

—¿Qué intentará hacer? —se preguntó Trakope preocupado.

—¡Maldita sea su estampa! ¡Si consigue detener el lanzamiento perderemos todo el dinero que nos han ofrecido por la destrucción del cohete! —masculló Jack borrando de su rostro la sonrisa.

El sabio corrió bajo el cohete. Muchos temieron que se retrasara el lanzamiento, pero sabían que las disposiciones oficiales no lo permitían.

Aquel intruso debía salir corriendo o perecería, quizá con una simple carrerilla lograra salvarse.

Lo que el profesor intentaba era desconectar el cordón que unía la cabina de control con los dispositivos de disparo del cohete.

Una voz brotó por un amplificador, nerviosa y tajante a la vez.

—¡Apártese, corra, corra!

Pero Hartman no hizo caso. Comenzó a estirar del cordón, la tuerca no cedía.

—Uno, cero... ¡¡fuego!!

El dedo no tembló al apretar el botón rojo. El encargado no podía dejar de oprimir el pulsador a la hora exacta si no recibía órdenes superiores al respecto.

El chorro de fuego brotó por la base del cohete. Hartman quedó materialmente desintegrado.

El cohete subió apenas mil pies y estalló en el aire con una pavorosa explosión que inundó la pantalla de luz.

—Puedes cerrar el televisor, «Marine», ya hemos ganado nuestro millón de dólares.

«Cocotero» y el radiotelegrafista se frotaron las manos, satisfechos. Por un instante habían estado a punto de perderlo todo, absolutamente todo.

—Pero nos hemos quedado sin contactos en la base, jefe — advirtió Trakope.

—Pronto encontraremos otro, emplearemos el mismo sistema. «Cocotero», abre el fichero. Escogeremos a nuestro próximo enlace entre los cerebros grises que hay en Cabo Kennedy, no nos costará mucho. Tenemos un fichero tan bueno como el que Oppenheimer pueda tener de sus hombres.

Manuel, el mestizo, se dirigió al fichero de científicos espaciales y nucleares, dejando de lado al de los miembros del F.B.I., también controlados por ellos.

Jack «el Sonriente» había tardado años en montar su organización, pero ahora ya disponía de todos los medios para llevar a cabo cuanto se propusiera.

Las potencias del Este, rivales de los Estados Unidos, se habían percatado, muy acertadamente, de que existía un hombre llamado Jack «el Sonriente» que a cambio de fuertes sumas de dinero era capaz de dar al traste con los proyectos más ambiciosos de su país.

CAPÍTULO II

Se escuchó un chasquido. El cargador petaca de veinte balas quedó montado en el fusil ametrallador.

Fred Baxter apretó los labios, hizo centellear su mirada y sin vacilar, con los nervios templados, se lanzó a la oscuridad.

La puerta se cerró automáticamente tras de sí, cortándole toda posible retirada. De pronto, sus pies tropezaron con algo, parecía un cuerpo.

—¡No caeré en la trampa! —se dijo lanzándose de costado contra la pared del tenebroso túnel.

Si al caer lo hubiera hecho hacia delante, como era lógico, los disparos que sonaron a continuación le habrían alcanzado de lleno.

—¡Ahora veréis!

Tiró del ametrallador puesto en el dispositivo tipo pistola para no malgastar municiones. Sabía que sólo tenía veinte proyectiles para salir del túnel y una navaja sujeta al cinturón.

La sombra que le disparara poco antes cayó abatida hacia atrás, desde aquel lugar no volverían a molestarle.

Sus nervios estaban tensos como alambres de acero, prestos a saltar como látigos.

Continuó avanzando en cuclillas, pegado al muro.

Apenas había dado cuatro pasos, cambió de posición lanzándose contra la pared opuesta. Su intuición acababa de salvarle.

Una ráfaga de ametralladora le buscó ávidamente, Los fogonazos iluminaron el fondo del túnel por unos momentos.

Fred Baxter pudo ver una silueta varonil que cubría su cabeza con un sombrero. No vaciló, disparó y la metralleta quedó enmudecida.

Debía ir despacio, cauteloso, pero a la vez sabía perfectamente

que tenía los segundos contados. No podía fallar.

Decidió ganar el tiempo perdido y avanzó en tres zancadas. Mas, sus mandíbulas se contrajeron al ceder el suelo a sus pies.

Aquel agujero que acababa de abrirse bajo él, era el mismísimo infierno.

—¡Oh, no puedo caer! —Gruñó contorsionándose en el aire.

Hizo una pirueta y logró salvar unos pies que le bastaron para que sus manos se aferraran al borde de la trampa que pretendía engullirle como un monstruo insaciable.

De no enrollarse la correa de la metralleta en el antebrazo, ésta se hubiera perdido en el vacío, pero ahora quedó colgando junto a su cuerpo.

Sus músculos se hincharon y empezó a ascender a pulso. Un ligero sudor le cubrió la frente.

Cuando pudo colocar el codo en el suelo firme, respiró tranquilo. Después, dos movimientos perfectamente controlados, propios de un atleta consumado, le bastaron para quedar en cuclillas al otro lado de la trampa que acababa de salvar.

Apenas estaba respirando, rehaciéndose del esfuerzo físico, se encendió una diminuta luz roja a su derecha. Como era lógico, aquello le llamaba la atención, pero su intuición le salvó una vez más.

Si a su diestra se había encendido la bombilla roja, a su izquierda aparecieron los fogonazos anaranjados de una «German-Luger». Fred identificó inmediatamente el arma por el sonido.

Tampoco entonces fue alcanzado, gracias a que acababa de tirarse al suelo con la cabeza pegada al mismo.

Rodó sobre sí y disparó por dos veces. El de la «German-Luger» quedó silencioso, ya no volvería a molestarle.

Baxter, todo un atleta aunque en apariencia algo delgado, era alto, de músculos acerados, físico agradable y cabello tan negro y brillante como sus ojos inquisitivos.

Respiró jadeante, la guarida estaba resultando más dura de lo que supusiera en principio.

Atento, con todos sus sentidos alerta, con el índice sobre el gatillo suave de la tartamuda, prosiguió su avance. En ocasiones tanteaba la pared, no veía absolutamente nada. Parecía como si antes de entrar en aquella maldita guarida le hubieran arrancado

los ojos.

De pronto, sintió que sus zapatos se mojaban. Fue una impresión desagradable, ¿qué sería aquello?

«¿Qué habrá ahora delante mío, dónde me estaré metiendo?» se preguntó sin dejar de caminar.

Antes de que consiguiera percatarse de lo que sucedía, sus pies resbalaron. Era como si bajo él hubieran enterrado una pendiente llena de jabón.

No pudo evitar sumergirse en el agua helada que aterió su cuerpo.

La profundidad debía ser considerable, pues no alcanzó a tocar el fondo. Por un instante, su cabeza quedó bajo la superficie pero sus manos, como si actuaran con el automatismo propio de un robot, se alzaron en el aire y el ametrallador no se mojó lo más mínimo.

Ya recuperados todos sus movimientos, comenzó a nadar. Dejó que su sexto sentido le orientara, pues en aquel remojón y densa oscuridad podía haber dado la vuelta y retroceder a la entrada de la guarida, siendo inútil todo su trabajo para llegar hasta allí.

Con la tartamuda por encima del agua, nadando con su izquierda y ayudado por los pies, siguió adelante.

Llevaba varias brazadas cuando la profundidad semejó disminuir. Quiso ponerse en pie, pero aquella pendiente subacuática resbalaba tanto que por un instante temió hallarse en el punto de partida.

—No, no puedo fallar... —masculló con la respiración acelerada.

Percatándose de que si se incorporaba volvería a resbalar y a hundirse en el agua, nadó hasta que la escasa profundidad le impidió avanzar más.

Después, aplastado al suelo como un hidrosaurio, salió a tierra firme.

Caminó un par de yardas, estaba empapado hasta los huesos, pero ya no sentía frío. El esfuerzo lo había hecho desaparecer.

Ignoraba si estaba al principio o continuaba bien la ruta de la guarida, mas no sentía deseos de volver a meterse en el agua.

Golpeó con el tacón de su zapato en el suelo y luego en la pared. Escuchó atento.

El sonido producido le hizo comprender rápidamente que ya no

estaba en el túnel angosto, sino en una gran sala que no podía ver. ¿Qué le aguardaba allí?

—¡Allá voy! —Gruñó en voz medianamente alta.

Se lanzó al centro de la sala al tiempo que su pulgar hacía saltar el dispositivo para poder disparar todas las balas en una sola ráfaga si era preciso.

Cuando rodaba en el suelo sobre sí, de todas partes surgieron disparos. Dos focos potentes lo buscaron hasta iluminar su cuerpo, cegándole casi por completo.

Pasar de la oscuridad más intensa a una luz cegadora fue un impacto excesivamente fuerte, pero que Fred supo resistir cerrando los ojos.

Tiró con rabia del gatillo, y los dos focos estallaron en pedazos apagándose para no tornar a encenderse. Luego, girando sobre su espalda pegada al piso, disparó en círculo sobre aquellos seres que parecían volcar sobre él una tonelada de balas. Por un momento pensó si una oleada de chinos armados, deberían causar más efecto que aquel ataque sorpresa surgido de la oscuridad.

De pronto, la tartamuda enmudeció, no había más proyectiles en el cargador pero afortunadamente tampoco ya quedaban más enemigos que abatir.

Y continuó adelante.

Sus manos tropezaron con la pared. Después, sistemáticamente, la siguió hacia la izquierda hasta encontrar la continuación de la guarida. El túnel comenzaba a ser angosto otra vez.

Sin dudar un instante, se adentró en él. De pronto, un brazo más propio de un monstruo gorillesco que de un hombre, le atenazó el cuello.

Otra mano le golpeó la muñeca, haciéndole perder el arma ya descargada.

Ante aquel ataque silencioso, Fred se defendió golpeando con los talones y los codos al enemigo situado a su espalda. El resultado fue el mismo que si golpeará contra la pared. Aquel ser parecía pétreo.

Las sienes empezaron a palparle con fuerza, la asfixia le iba ganando. Aquel monstruo le vencería...

Dobló su zurda hacia atrás y se hizo con la navaja automática. Pudo escuchar el chasquido al quedar el acero desnudo, pero su adversario también presintió lo que iba a ocurrir y se ladeó

empujándolo contra el muro y aplastándole el rostro sobre el mismo.

Aquel ataque resultaba doloroso, pero Baxter no se amilanaba. Maniobró el acero hasta que sintió cómo lo hundía hasta la empuñadura en el cuerpo contrario. Luego, lo sacó y tornó a clavarlo dos veces más.

La presión en su cuello cesó y quedó libre de su enemigo que se disolvió silenciosamente en la oscuridad.

Fred tosió, semejaba que el aire no quería penetrar en sus pulmones. Mas, no podía perder un segundo y corrió hasta tropezar con una puerta que cargó con el hombro, abriéndola de estampida.

Inesperadamente, quedó sumergido en una habitación profusamente iluminada por luz solar. Cuatro hombres le miraron inquisitivos y graves.

Uno de ellos, entrado en carnes, permanecía sentado tras una mesa. Al verle aparecer, clavó en él sus ojos fríos.

Fred Baxter se situó en el centro de la estancia y enjugándose el rostro, no sabía si de agua o sudor, dijo:

—¡Al fin! Parecía que no iba a salir nunca de esa maldita guarida.

—Pues sólo has tardado cincuenta y siete segundos, muchacho —advirtió el de la mesa, que tenía un cronómetro en la mano.

Samuel Emerson, el más alto y magro de los cuatro, sonrió antes de decir:

—Que yo recuerde, el tiempo récord hasta ahora en la academia de Quántico ha sido de un minuto cinco segundos. Baxter, lo has batido sobradamente y dudo mucho que alguien logre arrebatarte el título.

—Gracias, profesor, lo mío me ha costado. Mientras estaba ahí dentro —señaló con el pulgar por encima de su hombro hacia la guarida de pruebas para futuros agentes del F.B.I—. creí que era el más lento y estúpido de los mortales.

—Pues no ha sido así —opinó el cronometrador mientras los demás permanecían callados—. Has batido todos los obstáculos, llevamos el control en el cuadro electrónico. —Mostró la pared derecha donde destacaba un gran cuadro con bombillas de distintos colores—. No has dejado ni una sola encendida. —Encarándose con el profesor Emerson ordenó después—: Compruebe si nuestro futuro

agente tiene algún impacto.

Samuel Emerson, satisfecho, pues su mirada sagaz ya se había percatado de que el cuerpo de su alumno no presentaba manchas azules con que pudieran haberle teñido los enemigos de la guarida con sus balas especiales, le observó concienzudamente.

Luego, le dio la vuelta y volvió a comprobar. Al fin, dio su veredicto.

—Nada, ni una sola mancha que pueda decir tocado. Este chico vale. Lo dije nada más ingresar en la academia —anunció triunfal.

—El propio Hoover va a felicitarle cuando se entere de esta hazaña —arguyó uno de los federales de alta jerarquía que en pie presenciaba la escena.

El otro, ya más entrado en años, aclaró sonriendo:

—Yo mismo, cuando pasé la guarida en mis tiempos y pese a que tenía menos peligros y sorpresas que ahora, no conseguí lo que tú acabas de realizar, muchacho. Ante ti se abre un gran futuro en el F.B.I.. Será difícil que nuestros enemigos en el mundo del hampa, los espías, los asesinos, los secuestradores sin escrúpulos, puedan contigo.

—Eso espero, señor. Si me balean no podré seguir adelante como acabo de hacer ahora, y siempre he dicho que deseo morir de viejo; es más sano.

—Buenas intenciones, muchacho, buenas intenciones. Ahora, tenemos que decirte algo importante. No estamos aquí para presenciar las pruebas del que será el número uno de la promoción 66.

El profesor de federales le palmeó el hombro y ya sin sonreír dijo:

—Baxter, en estos momentos al F.B.I, le hace falta un hombre excepcional para un trabajo no menos excepcional. Los mandos han pensado en ti.

—¡Si aún no tengo el carnet de agente! —advirtió Baxter sorprendido.

—Hay una organización de espionaje y sabotaje en contra de nuestro proyecto Apolo, ya sabes, todo lo referente a la Luna.

—Sí, ya, las noticias no hacen más que hablar de la Luna y el Vietnam.

—El Vietnam, por ahora, es asunto de nuestros «marines» —

apuntó Spencer Rollan, uno de los hombres de confianza de J. Edgar Hoover, director general del F.B.I—. Lo que nos interesa en estos momentos es el asunto de los cohetes. Nuestro último lanzamiento, un «Titán» con una cápsula «Géminis» estalló no por error técnico, sino que fue sabotado.

—¿Se sabe la identidad del responsable? —inquirió Baxter con algo de agresividad.

—Sí, se supone que fue el profesor Walter von Hartman.

—Pero ¿ese científico no fue el que pereció en el lanzamiento?

—Efectivamente, muchacho —asintió Rollan— veo que estás al corriente. Hartman murió porque en el último momento, al parecer, le remordió la conciencia y quiso enmendar su traición. No tuvo tiempo y falleció en la empresa. Si hubiera llegado unos segundos antes, se habría podido retrasar el lanzamiento, pero tal como estaba ya era imposible. Otra cosa hubiera sido con la cápsula tripulada, se toman otras precauciones, más cuando la cuenta llega a los diez segundos ya no hay fuerza humana que detenga el lanzamiento.

—Si Hartman murió —intervino Samuel Emerson— ¿qué hay que hacer?

—Buscar y dar su merecido a los que forzaron a Hartman a cometer su acto de sabotaje. Es lo que suponemos, pues no hay otra explicación plausible para los científicos de Cabo Kennedy que aclare por qué estalló el cohete. También creemos que los mismos fueron los que en Tampa eliminaron en una sola mañana a cinco personas. Una de ellas era el popular inspector Carrigan y otra un motorista de la metropolitana local.

—Caramba señores, por lo visto esos tipos no se andan con chiquitas. ¿Son rusos o chinos? —preguntó Baxter.

—Suponemos que americanos, vendidos a potencias extranjeras, no importa cuáles. Lo que sí interesa es cortar de raíz ese tentáculo canceroso nacido en nuestro propio suelo y seguramente pagado desde el exterior. No voy a ocultar que es una tarea difícil, casi suicida. Recuerden a Carrigan y a tres agentes nuestros muertos misteriosamente en Nueva York, dos en Chicago y la desaparición de cuatro en San Francisco. El enemigo es poderoso y por lo visto nos conocen a fondo mientras que nosotros ignoramos por completo su identidad, lo que significa estar en desventaja pese a la compleja

y costosa organización del F.B.I.

—¿Pretende decir que esos individuos saben la identidad de los agentes federales? —inquirió Baxter asombrado.

—No digo tanto; sólo que conocen a una buena parte de nuestros hombres. Ignoramos hasta dónde llegan sus ficheros, cuál es el último nombre de la lista. Por ello, debemos tomar precauciones y no fallar. Nuestro hombre ha de ser desconocido para ellos, es absolutamente imprescindible —advirtió Rollan.

—¿Y por eso han pensado en mí? No soy agente todavía, pero pronto lo seré, que equivale a lo mismo, pero con la ventaja de que soy un completo desconocido.

—Así es, Baxter. Tú eres el hombre que necesitamos, el futuro número uno de la promoción.

—Sí se trata de que participe en mi primer servicio, estoy a sus órdenes —indicó rápidamente Fred sin vacilar.

Samuel Emerson, profesor y veterano en el F.B.I., carraspeó. Después, pasó la mano por encima del hombro del joven y advirtió en tono grave:

—Muchacho, no es tan sencillo como parece.

—¿Por qué, profesor?

—Eres el número uno de la promoción. Falta muy poco para concluir el curso, pero si aceptas tomar parte en el servicio, pues nadie te obligará a hacerlo, no participarás en las ceremonias de fin de curso. Te marcharás por la puerta pequeña, y si alguien pregunta por ti, responderemos que has sido expulsado por insubordinación. A los ojos del mundo no serás un agente federal hasta que concluyas tu misión, si es que te ves capaz de llevarla a buen fin.

Más grave que nunca, el joven de veintisiete años, Fred Baxter, preguntó:

—Cuando termine la misión ¿tendré que ser readmitido en la escuela o que sucederá conmigo?

—Si llegas a buen fin, creo que te reservarán una sorpresa.

El propio Rollan aclaró:

—El mismo Hoover te entregará tu carnet del F.B.I, pero será en la intimidad, sin que nadie se entere. Siempre es conveniente mantener en secreto la identidad de algunos de nuestros hombres.

Baxter tragó saliva. Había imaginado un montón de veces el fin de curso, también Hoover solía entregar el carnet al número uno de

la promoción. Entonces, todo serían halagos, estrechones de mano y palmadas en la espalda. Todo lo perdería si aceptaba.

Samuel Emerson intervino:

—Se te recuerda que no tienes ninguna obligación de acceder. Aún no eres un agente, sino un aspirante. Si no aceptas el caso, pues estás en tu derecho, saldrás de aquí con la cara bien alta y proseguirás tu marcha con idéntica facilidad que hasta ahora.

—Gracias, profesor, pero acepto la misión que se me brinda. Así demostraré a mi país que soy capaz de dar mi vida por él. Desde ahora, las vanidades y halagos no me importan. El F.B.I. es algo más que todo eso, es entrega, es servicio. Yo estoy dispuesto por él, pero como ustedes han dicho, soy aspirante y no agente, por eso impongo una condición.

Los cuatro hombres se miraron perplejos. Rollan preguntó cauto:

—¿Y cuál es esa condición, muchacho?

—Pues que trabajaré solo, no quiero mandos y han de asegurarme que podré hacer las cosas a mi manera.

Los tres veteranos mandos del F.B.I. se encararon con Rollan, portavoz directo de Hoover en aquellos momentos. Éste se aproximó a Baxter sonriendo. Extrajo su pitillera y tendiéndosela abierta dijo:

—De acuerdo, agente Baxter. —Utilizó el nombramiento por primera vez, cosa que satisfizo a Emerson—. Tome un cigarrillo, le irá bien. Está empapado y deberá tener frío.

—Gracias —agradeció tomando el pitillo que puso entre sus labios de trazo enérgico.

El propio profesor Emerson se apresuró a acercarle la llama de su mechero.

Baxter aspiró el humo con fruición y sus ojos miraron sin ver.

Su cabeza comenzó a elaborar el plan que debía seguir, y esta vez no sería de prueba.

CAPÍTULO III

Fred Baxter, ahora «Tigerman» Fred, popularizado como espía y asesino en potencia por la radio y televisión norteamericana (noticias transmitidas y aireadas a lo grande por todas las cadenas y prensa sensacionalista) permanecía tranquilo, impasible.

Su rostro estaba ahora surcado por una cicatriz que partía de la comisura del labio izquierdo llegando hasta el lóbulo de la oreja, obra maestra de la sección de caracterización y cosmética federal.

Asimismo, gracias a las sienes plateadas y a la nariz ligeramente ganchuda por un caucho introducido en el apéndice por un especialista en la materia, no semejaba el mismo de antes.

Aquel rostro tan distinto había sido divulgado por televisión y prensa.

Era un sujeto peligroso, un sujeto al que había que aprender o eliminar, pero ya no hacía falta tomar precauciones. El F.B.I., en uno de sus golpes maestros, había logrado detenerlo en un elegante club washingtoniano mientras cenaba con Rita James, una escultural cuarentona dueña de una cadena de locales de prostitución y una de las mujeres más populares del hampa.

«Tigerman» Fred, apodo impuesto nadie sabía por quién pero que se había popularizado rápidamente, viajaba a bordo de un potente y oscuro «Chrysler» esposado de manos y entre dos agentes hacia la «Federal Court House» de Washington, ubicada en la Avenida Pennsylvania junto a la calle 4.

—¿No me dais un pitillo, machos? —pidió con el insultante desparpajo propio de un hampón.

—Toma, pero no van a hacerte falta cuando te metamos en la cámara de gas —advirtió el agente del F.B.I, que se sentaba a su derecha. Sin mirarle siquiera, le tendió un cigarrillo.

«Tigerman» Fred, con las manos esposadas, tomó el pitillo y se lo puso entre los labios.

El otro federal le tendió la llama.

«Tigerman» Fred aspiró el humo y se recostó en el asiento. Parecía como si se hubiera aclimatado ya a la suerte que debía correr.

Un tribunal le aguardaba, el juicio sería público.

La opinión popular, hinchada por la prensa sensacionalista, aguardaba con ansia el veredicto de culpabilidad que le llevaría indefectiblemente a la cámara de gas.

Pero, lo que más molestaba a la opinión pública es que tal hecho a él (según frases popularizadas) le importaba un comino, mientras le dejaran beberse una botella de *whisky*, fumarse un cigarrillo turco y darle un beso a Úrsula Andress.

Tales afirmaciones le habían hecho ganar puntos en luna parte de la opinión pero, por contra, el otro sector se había recrudecido contra él.

Cuando el «Chrysler» se acercaba por la Avenida Pennsylvania a la Corte federal, vieron en las escaleras del edificio una ingente multitud congregada.

Con el cinismo de que se había revestido, Fred Baxter preguntó:

—¿Y todos esos borregos vienen a ver cómo el tío de la barba me sentencia?

—¿Qué tío de la barba? —inquirió con aire cansino y sin mirarle el agente de la izquierda.

—Pues ¿quién va a ser? El juez, todos los jueces de que he oído hablar llevan barba.

No obtuvo respuesta. Se encogió de hombros y se echó hacia atrás de nuevo.

Al descubrir una cámara de televisión que iba a transmitir en directo su llegada al edificio de justicia dijo riendo:

—¡Esto sí que es bueno! ¡El morbo popular se va a regodear a mi costa, voy a salir por la «tele» y en primer plano!

El «Chrysler» se detuvo junto a la acera. Un cordón de agentes hizo retirar a los curiosos.

Primero salió del vehículo un agente seguido por «Tigerman» Fred que saludó al público sonriendo cínicamente.

El abucheo fue enorme. La gente no tragaba a aquel facineroso

que semejaba burlarse de todo el mundo. Los puños cerrados se alzaron contra él.

Si el cordón que la policía metropolitana le había brindado, previendo lo que iba a ocurrir, se hubiera roto, «Tigerman» Fred seguramente habría muerto linchado por la multitud.

Escortado por los dos agentes, y como si se dispusiera a subir al pódium de los vencedores, ascendió por las escalinatas que habían de conducirlo al interior de edificio federal en Washington.

De pronto, sin que nadie se pudiera explicar cómo y riéndose de la muerte, de cuantos le contemplaban del F.B.I., de la Metropolitana y de los allí reunidos «Tigerman» Fred hizo saltar las esposas de sus muñecas.

Acto seguido, sin dar tiempo a parpadear, hincó su codo en el hígado del agente que tenía a su derecha mientras hundía su mano de rebote por el interior de la chaqueta del otro federal, sacándola armada rápidamente.

—¡Aún no tenéis a «Tigerman»! —rugió viendo cómo la multitud de curiosos retrocedía, asustada.

Sin vacilar, disparó a bocajarro sobre uno de los agentes y luego contra el otro.

Ambos cayeron rodando espectacularmente por la escalera.

El cameraman de televisión, temblándole las rodillas de miedo, logró captar la fulgurante y sangrienta escena en primer plano.

Rápidamente, los policías de la metropolitana decidieron entrar en acción pero para aquel servicio en terreno del F.B.I., se había requerido su presencia sin armas de fuego.

Trataron de alcanzarle. La gente chillaba, más «Tigerman» Fred semejaba poseer alas. Saltó por encima de un sujeto bajito y baboso que se había quedado con la boca abierta, disparó al aire y la gente corrió en todas direcciones.

—¡Cogedle, es muy peligroso! —rugió un oficial de la Metropolitana. Llevaba revólver, pero no se atrevía a utilizarlo por miedo a herir o matar a un inocente.

Un cerco de uniformes azules se estrechó bajo las escalinatas. Fred les dio un vistazo, y sabiendo que se jugaba la vida frente a ellos, se lanzó por el lado derecho hasta encontrar una cerca de altas lanzas de hierro forjado que le cerraron la huida.

Mas, aquella muralla fue poco obstáculo para él, que saltó sobre

ella con la agilidad de un felino.

Cayó por entre los setos de un jardín vecino. Los policías rugieron al otro lado de la verja y al no poseer sus facultades, se vieron obligados a rodearla.

Ya «Tigerman» corría por la calle 4. La circulación estaba bloqueada y ante el asombro de varios automovilistas, saltó a la calzada, se detuvo frente a la alcantarilla, cogió el asa de la misma y demostrando una fuerza hercúlea la sacó de su sitio desapareciendo en el interior del colector.

Veinticuatro horas estuvieron bomberos, dragadores oficiales de cloacas, la Metropolitana y el F.B.I., nadie pudo hallar ni rastro del escurridizo fugitivo.

La televisión propagó la noticia. La muerte de los dos agentes y la huida se pasó por toda la cadena nacional varias veces.

La prensa publicó las fotografías mientras asesinaba a los dos agentes y otra muy espectacular donde semejaba volar por encima de la cerca férrea.

El nombre de «Tigerman» Fred sonaba ahora con más fuerza, todo el mundo lo buscaba y todos temían toparse con él, cosa por otro lado difícil.

«Tigerman» se alejaba ya al volante de un poderoso «Buick» a más de ciento veinte millas por hora de Washington City.

Faltaba media hora para las doce de la noche, iluminada por un plenilunio que hacía inútil toda luz artificial, cuando una sombra se deslizó por la pared del «cottage» propiedad de Ludwing Ekanover, doctor en física termonuclear por las Universidades de Pennsylvania, Munich y Cambridge.

Era un científico dedicado por entero a los estudios y ensayos realizados en Cabo Kennedy por cuenta del gobierno norteamericano.

La luz blanca de la luna confería al ambiente una sensación fantasmagórica que no intimó lo más mínimo a aquella sombra furtiva en la propiedad del científico.

El hombre miró hacia lo alto. Todas las ventanas aparecían herméticamente cerradas. Sin vacilar, se dirigió al canal de desagüe y comenzó a ascender por él.

Cuando hubo puesto a prueba sus músculos, subiendo a pulso hasta el tejado, se sentó sobre éste y palpó las tejas.

El tacto le indicó, como había bien supuesto, que las tejas eran de madera.

«A ver si esta vez también te sales con la tuya, Fred», se dijo in mente.

Extrajo del bolsillo posterior del pantalón un formón tan afilado como una hoja de afeitar y lo hundi6 entre dos tejas. Después, comenzo a golpear con la palca de la mano sobre el mango y cort6 la madera.

Pasaron algunos minutos antes de que consiguiera hacer saltar la primera teja. Luego, sus hermanas saltaron con mayor facilidad.

Cuando abri6 un boquete suficientemente grande para que cupiera su cuerpo, se sent6 en el borde.

Sabía que en el «cottage» no había nadie. Lo había estado observando atentamente desde el mediodía y se introdujo en la casa sin ningún temor.

Sus pies golpearon el cañizo de yeso que formaba el techo del piso interior y le fue fácil reventarlo a base de golpes con los zapatos. Poco después, se descolgaba en la habitación.

Comenz6 a registrar la vivienda. En el piso no hall6 lo que buscaba y luego baj6 por la escalera, revisando la planta. No tard6 en encontrar el despacho-biblioteca del científico y una sonrisa aflor6 a sus labios.

«Creo que voy por buen camino», se dijo satisfecho.

Era muy corriente ocultar una caja de caudales tras un cuadro. Suponía que el científico no habría caído en tal infantilismo, pero para asegurarse los fue moviendo uno a uno hasta convencerse de que no había nada tras ellos.

Cerr6 las cortinas del ventanal y encendi6 la luz para trabajar con más libertad y rapidez.

Su mirada sagaz repar6 en los anaqueles de la biblioteca, pegados a la pared.

No le pasó por alto que una de las maderas tenía una fisura casi imperceptible en su centro y que debía dividir en dos la pulgada de grueso que tenía la madera vertical.

Sus dedos ágiles, entrenados en Quántico, no tardaron en notar un pivote diminuto.

El bloque de libros se separ6 de sus hermanos y qued6 al descubierto una caja de caudales de fabricación sueca. «Tigerman»

Fred sonrió.

—En el mercado no la hay mejor...

Después, puso manos a la obra.

Aplicó el estetoscopio electrónico accionado con pilas que aumentaba cien veces la potencia de un estetoscopio normal, gracias a un pequeñísimo amplificador a base de transistores.

Comenzó a mover la rueda quíntuple al tiempo que probaba varias ganzúas en las dos cerraduras que tenía la caja.

El científico se había asegurado bien. Sin embargo, no esperaba la visita de un hombre como Fred Baxter y sí la de un ladrón vulgar.

Los minutos fueron transcurriendo. Los músculos ya le dolían y su rostro se hallaba empapado en sudor. A él le hubiera gustado ver al doctor ingeniero Murray profesor armero de Quántico, frente a aquella caja.

Al fin cedió, y estirando la puerta suspiró aliviado.

—Gracias a Dios...

Apareció ante él un portafolios negro que tomó entre sus manos. Buscó por todos los lados un pasador y lo encontró en la base inferior oculto y casi disimulado. Tiró de él y sin miramientos descerrajó la endeble cerradura.

Cuando abrió el portafolios, lo primero que saltó a su vista, fue un carga de explosivos suficiente para enviarlo al infierno de no haber tenido la precaución de quitar el pasador-seguro. Arrancó la carga y la dejó en la mesa con una nota en la que escribió simplemente: «AGRADECIDO, T. F.».

—Bueno, creo que esto es lo que debo llevarme.

Sin más, cerró de nuevo la cartera.

Cuando se dirigía hacia la puerta, se encontró con que ésta se abría desde fuera y penetraba un hombre ya entrado en años acompañado de una mujer obesa de labios exageradamente pintados y cargada de joyas caras pero burdas.

Aquella mujer carecía de sensibilidad y fue ella quien le descubrió.

—¡Yudwing, un ladrón! ¡¡Aggggh!!

Fred Baxter se dijo que debía actuar con rapidez o aquella situación le costaría cara, demasiado cara. Todos sus planes podían venirse abajo.

Desenfundó su automática y apuntando a la pareja de ancianos

ordenó:

—Alto, manos arriba, y si la gorda sigue gritando la desinflo con un par de plomos.

—¡No estoy gorda! —Fue lo que soltó la mujer, sorprendentemente.

—No se saldrá con la suya, yo sé quién es usted —advirtió el científico con bastante serenidad pese a lo difícil de su situación.

—¿Ah, sí, viejo? Dime mi nombre, ya lo he olvidado.

—Es «Tigerman» Fred. Su cara no puede borrarse de las pupilas de todo aquel que acuse a los criminales. Yo vi cómo asesinaba a dos federales por la televisión.

—A lo mejor se confundió con un telefilm de «Los Intocables».

—No, estoy seguro de que era usted.

—Aparta, viejo —demandó con la pistola al tiempo que aprovechaba para avanzar hacia la puerta—. No, no te equivocas, fui yo el de los «nenes» del F.B.I. Me vieron muchos por la «tele». Algunos dicen que la escena me salió bastante bien y aparte de la «bofia», la televisión también me busca para hacer una serie de «El Santo».

—¡Es un cínico «Tigerman», pero no se saldrá con la suya! —Ekanover, rabioso, se abalanzó contra Fred.

—Lo siento, tú te lo has buscado.

Baxter soltó un gancho corto en el punto preciso de la mandíbula del científico, que lo noqueó con una facilidad asombrosa.

Al ver caer a su marido, la gorda se tapó los oídos y se estiró el pelo excesivamente rizado como el de una criolla. Después, lanzó un grito tan agudo que a Fred le pareció que se le perforaban los tímpanos.

Sólo por huir del lado de aquella mujer valía la pena correr, y «Tigerman» Fred así lo hizo llevando consigo el portafolios y desapareciendo en la oscuridad nocturna.

CAPÍTULO IV

En el «Scorpion Club» de la Grant Avenue, el aire estaba enrarecido por el humo. Parecía que aquel local subterráneo jamás se hubiera ventilado, y lo incongruente es que aquel ambiente de humo y vapores alcohólicos atraía al público como la miel a las moscas.

«Tigerman» Fred, que ocupaba una mesa junto a la pequeña pista rectangular que se elevaba a la altura de sus rodillas, fumaba y bebía con discreción mientras observaba a su alrededor, indiferente.

—¡Camarero! —llamó alzando la mano.

—¿Desea algo el señor? —se apresuró a preguntar el empleado. Había visto que la cartera en su bolsillo abultaba y pedía en todo momento de lo más caro.

—Tengo la boca reseca.

—¿Mas *whisky* o *champagne*? —inquirió servil.

Fred profirió una carcajada que hizo que varios de sus vecinos de mesa se fijaran en él.

—El *champagne* es para los niños bonitos. A mí, *whisky*, pero del mejor «J.

V. Brown».

—Enseguida, señor. ¿Algo más?

—Sí, quiero cigarrillos. —Y guiñando el ojo advirtió—: Que sean turcos, ¿eh?

—Auténticos, señor, no faltaría más. A los buenos clientes hay que cuidarlos.

Mientras contemplaba a un bailarín que junto con dos «*partenaires*», todos con un aire francés que olía al Ibor City de Tampa^[1], se daban empujones y bofetadas, llegó a su lado una voz femenina, agradable.

—¿Ha pedido cigarrillos turcos, señor?

«Tigerman» levantó la cara y lanzó un silbido de admiración. Frente a él había una mujer capaz de quitar o poner hipo al más templado.

Noemi la cerillera, como llamaban en el local a las que atendían a los clientes en cuanto a tabaco y fósforos se refería, era una mujer bonita, muy bonita.

El cuerpo curvilíneo pero esbelto y quizá agresivo, se traslucía en un «maillot» negro llamativo. Las piernas, según Fred de la mejor calidad, aparecían encerradas en una malla amplia y ceñida.

Los senos no eran muy grandes, pero sí firmes, erectos. Su rostro, enmarcado por una espesa cabellera negra, recogida en lo alto, mostraba un óvalo perfecto, labios gordezuelos y unos ojos grandes y húmedos que hicieron exclamar al hombre:

—¡Por Satanás, tienes unos ojos que no desmerecen al resto del cuerpo!

—Señor, ¿ha pedido cigarrillos? —insistió ella circunspecta y sin darse por aludida.

—A ver, dame la mano y te diré la temperatura de tu sangre. Quizá cerca de mí te suba algunos grados. Pese a la cicatriz, no me creo feo del todo.

Lo cierto es que a Noemi, al primer golpe de vista, le había agradado aquel hombre. Ignoraba porqué, pero se encontraba nerviosa a su lado como si necesitara más voluntad para defenderse de algo desconocido.

—¡Suélteme la mano! —pidió molesta.

—¿Ocurre algo? —preguntó rápido el camarero que acudía con la botella demandada.

—Nada, que la chica se pone tonta, total porque le he cogido la mano —dijo Fred con un desparpajo que irritó a la joven.

El camarero lanzó una mirada grave a la muchacha y en tono de diatriba advirtió:

—Noemi, ten más cuidado cuando sirvas al señor. Hay que ser menos torpe en el servicio.

—Es que ya estoy... —Parecía que la morena iba a explotar pero se contuvo, la mirada del camarero estaba cargada de amenazas. Al fin, dejó un paquete de cigarrillos al azar y se alejó rápidamente de la mesa.

—No es mi marca preferida pero vale —objetó Fred sonriendo.

—Disculpe el señor, pero la chica es nueva en el servicio y aún no está acostumbrada a tener delicadezas con los clientes.

—Lo comprendo, parece una señorita bien, venida a menos. A lo mejor, a su padre le salía el petróleo por las orejas y ahora el pozo se secó.

—Podría ser, señor. Lo que sí es cierto que la chica vale y tiene una educación refinada, cosa difícil de encontrar. Por eso le cuesta más acoplarse al ambiente nocturno del club.

«Tigerman» Fred ya no escuchaba al camarero que escanciaba el carísimo licor en su vaso.

El locutor acababa de anunciar la inminente aparición de la estrella cumbre del espectáculo. La orquestina le preparó una marcha y varios de los ricachos que iban a patear su dinero a Tampa aplaudieron frenéticos.

Fred Baxter contó más de cinco sombreros de ala ancha al estilo vaquero. Deberían ser magnates del petróleo o ganaderos en potencia. Fuesen lo que fueren, tendrían dinero, el club era caro y el rotulito de «reservado el derecho de admisión», sobraba. Sólo estaba prohibida la entrada a los bolsillos vacíos.

Sabina Holliday era una rubia platino que dejó boquiabiertos y embobados a muchos de los patanes cargados de dólares que salieran de Texas, Oregon o Utah para ir por primera vez a la maravillosa Florida.

Salió envuelta en gasas rosas y evolucionó del modo más provocativo que pudo. Toda ella rezumaba sensualidad, excitación.

Los hombres la contemplaban sin poder apartar la vista hacia otro lado. «Tigerman» Fred no era menos que los demás y una morena, junto a la barra, sin darse cuenta, se mordió los labios rabiosa.

Sabina Holliday comenzó a quitarse las gasas a cada vuelta, a cada evolución, a cada contorsión sobre su talle casi inexistente por lo estrecho.

De pronto, se colocó ante «Tigerman», a un paso escaso de su mesa, y continuó despojándose de los velos moviéndose al parecer sólo para él. Al fin, cuando la música concluyó, la mujer quedó con un «monobikini» rosa.

—Estás cañón, muñeca —le soltó Fred siguiendo en su tónica de

llamar la atención donde quiera que fuera.

—Y tú me gustas, cariño —replicó ella.

Adelantó un paso y tomó el vaso de la mano varonil, sorbiendo su contenido de un trago. Después, le pagó la bebida con un beso en la boca que fue coreado por un grupo de guasones que había junto a la barra.

Cuando Sabina desapareció, el mismo camarero de antes, sonriente y amable, no tardó en comunicarle que la estrella del club le aguardaba en su camerino, pues deseaba hablar con él.

—De mil amores. Por la chica vale la pena perder un rato de otras distracciones.

Golpeó con los nudillos en la puerta y una voz femenina, ligeramente grave, autorizó:

—Adelante.

Hizo girar el pomo y penetró en la estancia cerrando tras de sí. Al primer golpe de vista no descubrió a la rubia.

Se hallaba en un camerino un tanto pequeño pero completo y coquetón. Pegadas a las paredes había varias fotografías de Sabina que obligaban a tragar saliva al visitante si éste era hombre.

—¿Dónde estás? —preguntó Fred sin prisas, casi indiferente.

—Aquí, querido —respondió ella.

Por encima del biombo, decorado en abstracto, apareció la cabeza platino de Sabina. La mujer no era abstracta y sí una figura real, tal como gustaban a «Tigerman».

—Sí, ya veo —contestó apoyando su espalda en la pared. Sacó un cigarrillo del paquete y se dispuso a fumar para acortar la espera.

La bailarina de «*strip-tease*» se estaba vistiendo, para ello tiró de la coquetona ropa interior que colgaba sobre el biombo.

Poco después, aparecía embutida en un vestido rojo rabioso que realzaba aún más su figura venusina.

—Ya estoy lista, querido.

Se aproximó a él y le quitó el cigarrillo de la boca, besándole con la naturalidad de quienes se conocen hace mucho tiempo.

—Bueno, preciosa —dijo él retornando el cigarrillo a sus labios — me han dicho que deseabas charlar conmigo.

—Ah, sí, claro —dijo quedando quieta ante él. Mantenía una posición donde toda ella era la antítesis de la línea recta—. ¿Has

oído hablar de los seminolas?

—¿De los seminolas? —repitió primero extrañado y luego riendo pícaro. Ella sonreía ampliamente, mostrando sus dientes cuidados.

—Sí, eso he dicho, los seminolas.

—Pues verás, pequeña, estoy algo corto de cultureja. No he ido mucho a la escuela, ya sabes, la historia de siempre. Padre borracho, la madre vale más no decir dónde está...

—¿Y tú?

—¿Yo? Estalló en una carcajada. —En el reformatorio de Tallahasee, ¿dónde iba a estar? La verdad es que aquí tienen libros malos, uno no aprende nada. Las hojas están llenas de grasa y no se pueden leer las letras. Pero, algo tengo aquí— y se señaló la cabeza con el índice.

—¿Serrín, querido?

—Si fuera serrín no tendría tanta «pasta» en el bolsillo, ya me entiendes, dinero y del bueno, que te abre las puertas de todas partes. En cuanto a tus seminolas, una vez en una película de vaqueros oí que los seminolas eran unos indios a los que había que exterminar porque habían matado a no sé quién.

—Exacto, los seminolas eran los pieles rojas que habitaban en Florida.

—Bueno, ¿y qué? Supongo que no pretenderás que vaya a liquidar a los pocos que deben quedar, ¿eh?

—No seas bruto, querido —rió Sabina de buena gana. Lo que ella ignoraba era la excelente preparación teatral que Fred Baxter había recibido en Quántico, no en vano era el número uno de la promoción.

«Tigerman», con el cigarrillo entre los labios, hundió sus manos en los bolsillos. Con aire indolente, desgarbado, preguntó:

—Entonces, ¿a qué viene hablar de los seminolas? Es preferible que vayas al meollo del asunto. No puedo evitarlo, siempre he sido un hombre práctico y me gusta acabar pronto.

Sabina se le acercó y pasándole la mano por detrás del cuello hundió los dedos entre sus espesos y negros cabellos, acariciándole la nuca.

Como la maestra que amonesta cariñosamente al niño que ha incurrido en falta, siseó:

—A mí no me gustan los precipitados. Ahora, vámonos de aquí.

—¿En dónde quieres que reviente la pasta, nena?

—Yo soy buena chica y no dejaré que gastes ni un solo centavo más. Te llevaré a ver una colección única de fetiches seminolas que te gustarán, no lo dudes.

—Ah, ya caigo, por eso me has hablado tanto de esos pieles rojas. Bueno, ¿sabes una cosa?

Pasando su brazo en torno a la espalda masculina, como si temiera que fuera a escapar, Sabina inquirió:

—¿El qué?

—Pues que no me gustan los museos, huelen a muerto y ese olor aún no ha llegado para mí. Por otra parte, creo que esos museos los cierran de noche.

—No, si no te llevo a un museo. La colección de fetiches está en mi apartamento, allí los podrás contemplar tranquilo y a solas. Además, sé qué clase de *whisky* te gusta y lo tengo en mi apartamento.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es, si eres tan lista?

—El «J. V. Brown» —replicó picarescamente.

—Por todos los demonios, nena, que eres lista.

—Sí, suelo aprender rápidamente lo que me interesa.

—¿Y yo te intereso?

—Naturalmente, querido. Pero, vamos, no sea que los fetiches se cansen de esperarnos.

Por la puerta posterior del «Scorpion Club» salieron al exterior. Varios empleados saludaron a la popular estrella.

Ya en la calle, Sabina preguntó:

—¿Tienes aquí cerca tu coche, querido?

—Sí, a la vuelta de la esquina he encontrado un hueco donde aparcar.

Subieron al «Buick» negro de modelo reciente, y con gran habilidad por parte de Fred fue colocado en el centro de la Grant Avenue. Ya rodando entre el tráfico, a aquella hora no demasiado intenso, preguntó:

—¿Adónde dirijo el carro, nena?

—Al ciento trece de Alamo Street.

—O.K. —respondió pisando fuerte el acelerador pese a hallarse en el centro urbano de Tampa.

Durante el trayecto, Sabina Holliday se acercó a él cuanto pudo.

Apartó ligeramente su chal y dejó al descubierto el generosísimo escote.

—No vayas tan aprisa, querido, podemos estrellarnos y sería una pena que te perdieras la colección de fetiches seminolas.

Baxter lanzó un gruñido como respuesta. Tenía que sortear a los demás automóviles y a la velocidad que conducía, tal cosa no resultaba fácil. Si ella le atraía la mirada, estaba perdido.

Afortunadamente, llegaron sin novedad al apartamento femenino. Subieron en el ascensor y ya frente a la puerta, Sabina sacó un llavín de su bolso franqueando la entrada.

—Puedes pasar, querido —invitó encendiendo la luz, que iluminó el «*living-room*».

—Bonito nido, preciosa. Me gustaría conocerlo a fondo.

Baxter se adelantó hacia el centro del amplio y lujoso saloncito. La rubia se apresuró a cerrar la puerta y de pronto surgieron varios desconocidos para el federal.

Un mestizo alto, gorileco, revólver en mano, apareció por la puerta de la cocina. Otro, de la alcoba y un tercero salió de detrás de una espesa cortina. Todos le encañonaban con sus pistolas.

Baxter no aparentó el menor miedo y riendo arguyó:

—Caramba, nena, no creí que fueran tan feos tus fetiches seminolas.

Los tres tipos se miraron entre sí, buscando una explicación a las palabras de su sorprendida víctima.

Fue Sabina quien replicó:

—Nunca he tenido fetiches seminolas en mi apartamento, querido.

—Sí, eso ya me lo figuraba, pero creía que lo de los fetiches era una excusa como otra cualquiera para hacerme subir a tu casa. Conocí a una chica que me invitó a contemplar una colección de sellos en su apartamento y luego resultó que no existía tal colección.

Un lujoso sillón de cuero amarillo, giratorio, dio la vuelta y el hombre que hasta entonces permaneciera oculto tras él quedó frente a Baxter. Le observó inquisitivamente, sonriendo de una forma muy especial.

—Hola, «Tigerman». ¿Te ha defraudado no hallar fetiches?

—Caramba, caramba, por lo visto faltaba el primer actor en esta

función —respondió.

Sabina, apoyándose en la pared, preguntó:

—¿Qué vas a hacer con él, Jack?

—No sé, veremos.

—Bueno, si van a liquidarme quiero fumar un cigarrillo antes.

—Espera —ordenó Jack «el Sonriente»—. «Spaguetti», regístralo.

Fred Baxter se encogió de hombros. Aquel sujeto de las gafas oscuras, camisa y sombrero negros, amén de la corbata blanca, no le inspiraba simpatía pero tampoco miedo.

Baldini se le acercó llevando siempre por delante su pistola que le hundió en el cuello, por debajo de la mandíbula. Los otros dos, mientras su compañero registraba a Fred, permanecían atentos a cualquier posible eventualidad.

Al fin, Baldini extrajo de la axila la pistola de Fred y se la tiró a Jack. Éste la observó antes de decir:

—Una «Browning», tú sabes llevar armas. Es una pistola que abulta poco y dispara rápidamente.

—Bueno, si ya tienes mi automática, el «Spaguetti» éste puede dejarme tranquilo, ¿no?

—Sí, puedes fumar.

—Vaya, eso quiere decir que no vais a liquidarme por el momento, quizás os intereso para algo. Sé que es a mí y no a otro a quien esperabais, la nena ha sabido escogerme entre los clientes del «Scorpion».

—Sí, no ha sido difícil. La cicatriz es muy visible, lo que no comprendo es cómo la policía no te ha cazado aún —dijo Sabina.

—Ya lo han intentado y conseguido varias veces, pero para ellos soy tan escurridizo como el jabón mojado.

—Aparta, «Spaguetti» —ordenó «el Sonriente» sin moverse de la butaca, como dando a entender que quien mandaba allí era él.

Baxter extrajo un cigarrillo y el encendedor que alzó en el aire. Puso su pulgar significativamente sobre la palanca que debía accionar la rueda que a su vez raspaba la piedra y hacía saltar la chispa.

—Si aprieto este dedo, volamos todos, absolutamente todos. El que más y el que menos quedará como salpicado en la pared.

—¿Qué broma es ésta? —balbuceó Jack borrando su sonrisa.

—No es ninguna broma. El depósito del mechero está cargado

con un explosivo que me dio cierto amigo mío. Sólo hay que apretar la palanquita, saltará la chispa y todos quedaremos pegados a la pared un poco deteriorados, claro.

Sonriendo ahora forzosamente, el jefe de los «gangsters» advirtió:

—En ese caso, tú también caerás.

—Ya lo sé pero ¿qué más da escoger un camino u otro para ir al infierno? Si vosotros me vais a liquidar, yo puedo hacer que todos me acompañéis, incluso la chica.

—¿Yo? —inquirió Sabina asustada.

Trató de retroceder, más fue detenida por la mano de Baxter que la sujetó por la muñeca y tiró de ella.

—No, nena, no te vayas. Si hemos de viajar al infierno, iremos todos juntos, cuantos más seamos más nos divertiremos.

—¡Suéltame, me haces daño! —protestó ella vanamente, pues la zurda del joven continuaba cerrada en torno a su muñeca como una tenaza.

«Spaguetti», «Marine» y «Cocotero» miraron a su jefe en espera de una orden. Éste mantenía su mirada fija en «Tigerman» Fred, la situación era extraña y difícil.

La muerte, con su macabro rostro, parecía estar sonriendo en aquellos instantes pegada a los cristales. Era ella quien iba a triunfar.

CAPÍTULO V

Jack «el Sonriente» estalló en una súbita e inesperada carcajada. Sus tres sicarios, que aún encañonaban a Fred, creyeron que su jefe se había vuelto loco ante la proximidad de la muerte.

—¡Por Satanás que eres listo, «Tigerman»!

—Sí, soy listo, pero como apriete el pulgar todos volaremos.

—No temas, no pienso liquidarte.

—¿Ah, no? ¿Y todo esto qué es? —Señaló a los tres individuos que le apuntaban con sus pistolas.

—Quería saber cómo reaccionabas ante el peligro.

—Pues en esos casos siempre reacciono muy mal. Suelo dar sorpresas que a mis enemigos no les gustan.

—Muchachos, guardad la artillería —ordenó «el Sonriente».

Los tres sicarios dudaron por un instante, recelosos, más acabaron por obedecer.

—¿Y de mi juguete, qué? Le tengo cariño a esa «Browning», fue del primer federal que convertí en angelito.

—Tómala.

Jack lanzó el arma al aire, mas Fred no cayó en la trampa y dejó que la automática cayera al suelo. Después, siempre con el pulgar sobre la palanca del mechero, se inclinó para recogerla de la alfombra.

—¿No te fías, «Tigerman»? —inquirió «el Sonriente» haciendo honor a su apodo.

—Nunca me he fiado de nadie, por eso sigo vivo.

Cuando ya tuvo la «Browning» en su poder, acercó teatralmente el mechero a la punta del cigarrillo y oprimió la palanca.

Jack y sus hombres, incluyendo a Sabina que estaba próxima a Baxter, dieron un brinco de terror pero sólo una débil llamita

amarillenta brotó del encendedor. Poco después, el humo salía por la nariz del federal.

—¡Tramposo! —apostrofó la mujer encolerizada, moviendo su busto opulento al respirar agitadamente.

—¡Por Satanás que ya te he dicho que eres listo, «Tigerman»! ¡Nos la has jugado bien!

—Sí, siempre suelo jugar con ventaja. El explosivo podía o no estar, pero existiendo la duda no podías elegir. Ahora amigos, soy yo quien tiene la pistola en la mano.

—Pues lo que debes hacer es guardártela, quiero que charlemos como buenos amigos.

—¿Amigos, y me habéis recibido a punta de cañón?

—Ya te he dicho que era broma —insistió «el Sonriente» despreocupado.

—Bien, sé aceptar un bromazo, pero no dos. Es una advertencia. —Y se guardó el revólver en la axila.

—Acércate y siéntate —invitó Jack señalando un sillón próximo a él.

—Lo siento, esa butaca no me gusta.

—¿Por qué? Si es muy mullida...

—Por una razón muy simple, no me agrada tener a nadie a mi espalda. Me da la sensación de que estoy en la silla eléctrica y lo malo del caso es que tener a alguien detrás resulta tan mortífero como estar sentado en la eléctrica.

—Eres un desconfiado, «Tigerman», pero en adelante puedes estar tranquilo conmigo. Yo soy Jack «el Sonriente» y éstos son mis ayudantes. Por supuesto tengo muchos más, mi organización es completa.

—¿Jack «el Sonriente»? Lo había supuesto.

—¿Me conocías?

—De vista no, pero en Chicago oí hablar de ti.

Suspicaaz, Jack preguntó:

—¿Quién te habló de mí?

—No suelo acordarme de los nombres de quienes me facilitan favores.

—Bueno, no tiene importancia, lo que sí interesa es que eres un tipo listo pero estás trabajando erróneamente.

—¿Erróneamente, por qué?

—Actúas en solitario y eso siempre es un error.

—¿Habéis visto a algún tigre que no vaya a cazar solo?

—No, pero yendo en solitario pocas piezas se pueden cobrar.

—Según cómo se mire. Los tigres son animales bien alimentados, no sé de ninguno que se haya muerto de inanición. Siempre hay caza donde hincar el diente —replicó continuando la metáfora.

—Sí, llevo controlados tus casos. Liquidaste a un federal y robaste unos planos nucleares, fue cuando te pescaron y te iban a juzgar en la Corte Federal de Washington.

—Entonces, sabréis que me cargué a dos federales frente a la Corte.

—Sí, todos te vimos por televisión. Eres un bruto pero no cabe duda de que también eres temerario y arriesgado —opinó esta vez Sabina pasado ya el susto. Se acercó al hombre y sentándose en el brazo del sillón en que éste se había arrellanado, le rodeó el cuello cariñosa.

—Luego —agregó Jack— supimos lo del robo al sabio de Cabo Kennedy en un «cottage» a las afueras de la zona de pruebas. Fue un golpe maestro, siempre salvando que te reconocieran y que saben que fuiste tú quien lo asaltó.

—Me gusta la publicidad. La poli me conoce, los federales me buscan como verdaderos mastines pero a mí me va estupendamente. En todos los aspectos de la vida es más productivo gozar de un buen sistema publicitario y a mí me lo hacen gratis.

—No te entiendo, «Tigerman» —objetó Jack achicando sus pupilas tras las gafas oscuras.

—Muy sencillo, «Sonriente». Si las potencias extranjeras se enteran de que he robado unos planos importantes, pues la prensa lo publica a bombo y platillo, lo que hacen es ponerse en contacto conmigo para adquirirlos.

—¿Y qué potencia te compró los planos? —preguntó Jack ávido de noticias.

—Lo ignoro.

Todos dieron un respingo. Baldini masculló:

—Cuidado, jefe, este sujeto es muy astuto.

—Cierra el pico, «Spaguetti», soy yo quien habla.

—Escucha a tu lebel —advirtió Fred— puede que tenga razón.

—No te salgas por la tangente, «Tigerman», y dime quién te

compró los documentos robados.

—Ya he dicho que lo ignoro. Cuando tengo mercancía escribo a varios consulados. Prefiero hacer los negocios en ciudades como Chicago o Nueva York. Luego, les impongo una cantidad, una fecha y una hora. El que llega primero se lleva la mercancía y yo no pregunto jamás de qué país son. Lo único que puedo aclararos es que me compraron los planos dos tipos de negro, uno calvo y bajo y el otro más delgado que un alambre. Después, se alejaron en un coche no menos fúnebre que ellos. Yo tenía mi dinero y ya estaba tranquilo. Por otra parte, a ellos no les conviene denunciarme por si puedo agenciarme con más información.

—No está mal tu plan, pero el nuestro es mejor. Ganarás más dinero del que puedas soñar si te unes a nosotros, porque lo único que haces ahora es molestar a los científicos.

—Cosa que os estorba a vosotros, porque si meto jaleo vienen los federales y entonces no podéis trabajar en la plaza —indicó satisfecho.

—Jack —intervino Sabina que continuaba acariciando la cabeza del joven—. Si deseas tenerlo a tus órdenes, deberás darle un buen puesto.

—Sabina, no te metas en esto, es charla de hombres.

—¿Por qué no? —preguntó Fred—. Escúchala, después de todo las mujeres siempre dan un toque adecuado a las cosas.

—Podrás trabajar conmigo.

—¿Como tu lugarteniente? —inquirió Baxter un tanto burlón.

—Antes tienes que demostrarme que puedo confiar en ti.

—¿Y cuánto ganaría si te sigo?

—En cuatro operaciones que salgan bien, un millón.

—¿Un millón de dólares? —repitió el federal incrédulo.

—Exactamente.

—¡Caramba, eso sí que es hablar claro! —exclamó.

Echándose ligeramente hacia delante, Jack interrogó:

—¿Te interesa?

—Sí, siempre que no sea meterme en

Sing-Sing.

¿Cuál será mi labor?

—Eres un tipo listo y como antes has dicho, escurridizo como el jabón. En lo de la publicidad llevas razón, a ti todo el mundo te

conoce.

—¿Servirá de algo esa propaganda gratis que me hacen? —preguntó Fred con marcado cinismo.

—Pues sí. Tienes que ponerte en contacto con algunas personas y cuando te vean y reconozcan, seguro que se avienen a lo que les propongamos.

—Vaya, que barrunto que tendré que hacer el papel de coco o algo parecido.

—No vas desencaminado. Cuando vean que es «Tigerman» Fred quien les amenaza, quien les da el ultimátum, no tendrán otra alternativa que obedecer.

—Y tú mientras, en la sombra, sin que nadie se entere que has venido al mundo. Si alguien la «palma» seré yo y no Jack «el Sonriente» —argumentó burlón.

—Por algo te pagaré un millón.

—Bueno, es verdad, ya lo había olvidado. Ahora, otro asunto. ¿Crees que por mi cara bonita, cuando asuste a uno de esos cerebros grises de «Cabo Kennedy» me entregará los planos que lleve en el bolsillo? Los conozco bien —aseguró cambiando de tono— y sé que antes se dejarían arrancar las tripas que darme los documentos secretos.

—Nosotros los conocemos mejor que tú. Tenemos de todos y cada uno una ficha completa, fotografías inclusive.

—¿Poseéis buenos contactos en la base?

—No nos podemos quejar. También tenemos un buen fichero del F. B. I.

Baxter sintió que sus entrañas se revolvían. Aquellos delincuentes eran peligrosos, demasiado peligrosos.

Ansiaba acabar con ellos en aquel momento, más su deber le advertía que no podía dejarse llevar por los impulsos. Tenía que llegar hasta el fondo de la organización y destruirla de raíz, e incluso conocer los nombres de los traidores que en Cabo Kennedy proporcionaban tanta información.

Su sangre hirviendo debía esperar.

—Eso es lo que se dice trabajar con efectividad —dijo aparentando satisfacción.

—Desde luego, pero un hombre de tu talla es conveniente entre nosotros y ahora precisamente tenemos un trabajito entre manos

que será el que realizarás tú en adelante.

—¿De qué se trata?

«El Sonriente» extrajo de su bolsillo una cartera de piel negra. De ella sacó una fotografía en la que se veía a un hombre de edad saliendo de la base cercana de Cabo Kennedy con un portafolios en la mano. La tendió a Fred diciendo:

—Mira este hombre.

Baxter lo observó por unos instantes.

—No lo conozco, pero me parece un científico de éstos.

—Lo es en efecto, se llama Karl Ribentrov.

—¿Alemán? —inquirió Fred sin dejar de contemplar la foto.

—Sí, pero americanizado. Lo escogimos como futura víctima.

—¿Por qué?

—Aparte de que preferimos a los extranjeros nacionalizados americanos por aquello de la conciencia, es que estudiamos a fondo su rostro. Un psiquiatra nos advirtió que ese sujeto es un sensual.

—¿Quieres decir que aparte de la ciencia le gustan mucho las faldas?

—Efectivamente, y pese a ello es todo un tipo respetable. Tiene tres hijos y una mujer que alterna con lo mejor de la sociedad americana. Destruir su honor sería destruirlo a él.

—Aquí es cuando he entrado yo en escena —intervino Sabina. Fred la miró interrogante y ella explicó—: Debía hacerle caer. Me costó un poco, es un tipo huraño, pero luego de tres encuentros, digamos casuales y haciéndome la ingenua, mordió el anzuelo.

—¿Y qué? —preguntó Fred interesado.

Después de estallar en una risotada, «Cocotero» dijo:

—¡Pues que se lo trajo aquí!

—¡Cállate! —ordenó la mujer, molesta.

—Nuestra labor estriba en hacer caer a esos sujetos que por fuera son tan honrados y en la intimidad resultan...

—Digamos pegadizos, como las moscas a la miel —indicó Sabina que era quien mejor podía opinar en aquel asunto.

—Luego, le hacéis chantaje con las fotos. ¿Me equivoco?

—No, ése es nuestro trabajo. Por ahora nos va bien y hemos ganado mucho dinero. Lo que ocurre es que la víctima, a veces, se pone tonta y le damos el pasaporte o se lo da ella misma. El último en morir fue Walter von Hartman. Se metió debajo del cohete que

sus propias manos habían saboteado.

—El chantaje no me gusta mucho —dijo Fred en apariencia molesto.

—Es el método más seguro, «Tigerman». Nosotros no buscamos información, sino que hemos de hacer fracasar los planes de Cabo Kennedy para que retrasen su llegada a la Luna... Además, si los cohetes estallan o no funcionan, inexplicablemente, como viene sucediendo, pues a veces los astronautas se ven obligados a regresar a la Tierra rápidamente por defectos de mecanismos, conseguimos un triunfo.

—¿Sólo os interesa el sabotaje, un sabotaje que hacen los propios corderitos trasquilados?

—O. K. Obramos desde fuera de Cabo Kennedy, jamás nos metemos dentro. De eso se encargan ellos. Si sale bien, quedan tranquilos, si se estropea, les hundimos la reputación. Son apartados de la puritana sociedad americana como sujetos impopulares. Su familia se disgrega y la prensa sensacionalista les señala con el dedo. Ellos saben que tal cosa es su ruina y antes de caer prefieren ceder un poco. Claro que siempre se les advierte que deben hacer las cosas de tal forma que nadie les pueda acusar. Los sabotajes se imputarán a errores de mecanismo y de eso a nadie se puede culpar.

—Y ese Karl Ribentrov ¿ya está maduro para caer en la trampa?

—Digamos que tenemos los resortes para hacerle caer. Ahora sólo falta entrevistarse con él, explicarle cuáles son nuestros planes y asunto resuelto.

—¿Y ya están las fotografías que han de utilizarse para chantajearle?

—Sí, aquí hay un juego de tres en distintas poses para que no haya error, y tan claras que nadie puede alegar que estén trucadas. Claro que de cada una tenemos varias reproducciones, por si se pierden... —sonrió Jack cínicamente.

—Espera, Jack, no se las des —objetó Sabina dibujando en su rostro hermoso, ahora frío, una mueca de disgusto.

—¿Por qué, querida? —inquirió el jefe.

—¿Por qué has de mostrárselas?

—Pues, para que las vea. No irás a decirme que estás avergonzada.

Jamás en su vida, Sabina se había sentido tan molesta ante la

sonrisa burlona de aquel sádico que semejaba ocultar sus ojos tras las grandes gafas oscuras.

Impotente, se mordió los labios y vio como las instantáneas pasaban a manos de «Tigerman».

Baxter sintió que las fotografías le quemaban y experimentó honda repugnancia. Aquellos tipos eran unos sucios, incluyendo a Sabina que se prestaba al juego en el papel más vergonzoso de todos.

—Están bien hechas, ¿verdad? —preguntó Trakope adelantándose.

—Sí, desde luego. Son suficientes para que repudien a ese científico en todas partes y su esposa y sus hijos lo aparten a mil millas de casa. Parece mentira cómo un hombre inteligente pueda convertirse en un simple cerdo.

Sabina encajó el golpe. Aquella filípica también la alcanzaba a ella pese a no ser nombrada.

En las fotografías, ambos aparecían en una situación obscena, pero ya no podía volverse atrás y sonrió forzosamente.

Fred Baxter juntó las instantáneas y preguntó:

—¿Cuándo he de ver a ese tipo?

—Mañana mismo —indicó Jack—. Ya te daremos su dirección.

—Sí, mañana —intervino Trakope—. He oído que el parte meteorológico auguraba un espléndido día de sol.

—Bien, ya lo buscaré y os diré luego lo que me ha dicho.

—No, no, «Tigerman» —cortó Jack haciendo que Fred le mirara interrogante—. En adelante, no irás solo a los trabajos.

—¿No te fías? ¿Crees que voy a hacerte una marranada?

—Yo también sigo viviendo porque desconfío de todos, como tú.

—Encajo el golpe —asintió Fred sonriendo pese a que le costaba esfuerzo—. Iré con uno de tus hombres.

—Sí, te acompañará Patrick Mackency.

—¿Es uno de éstos? —inquirió señalando a los tres sicarios.

—No, es un irlandés que pasará a recogerte en su coche. El tiene instrucciones al respecto y luego le daremos más. Ya te he advertido de que mi organización es completa y funciona cronométricamente. Lo que has de decir es dónde vas a pasar la noche. Puedes venir con nosotros, si quieres —invitó Jack.

—O quedarte aquí conmigo —adujo Sabina acariciándole la

nuca por enésima vez.

Fred, con un gesto instintivo, apartó la cabeza hacia delante. La mujer captó su movimiento, molesta más consigo misma que contra el hombre.

—No, iré a un hotel de tercera donde ya tengo reservada habitación. No en vano me apodan «Tigerman», y los tigres suelen andar solos. Me presto a ir de cacería con vosotros, pero hay momentos en que prefiero la soledad.

—De acuerdo, «Tigerman». No es malo estar solo mientras no se caliente uno demasiado la cabeza a base de pensar tonterías. Tampoco pretendo que te sientas preso entre nosotros. ¿Qué hotel y habitación tienes?

—El «Moon Hotel», habitación 24. Allí me encontraréis.

—De acuerdo, Mackency te telefoneará antes de esperarte. Luego te citará y saldréis en el coche que él lleve.

—¿No podemos utilizar el mío?

—Oh, no, los señores no van al volante, éstos son los chóferes. Mackency conducirá, él te explicará luego otras cosas.

—De acuerdo. Entonces, hasta mañana, compadres.

Baxter se levantó del sillón, había en él un aire cansino.

Cuanto descubriera allí aquella noche le asqueaba, pero él debía continuar adelante con su plan, un plan que posiblemente le conduciría a la muerte.

Aquellos tipos no tendrían piedad ni para consigo mismos. Si le descubrían, quizá alguien lo encontraría bajo el agua con una piedra al cuello o revestido de cemento en cualquier lugar perdido de la montaña. Pero, fuese donde fuere, pagaría su osadía con la vida.

—Quédate conmigo, «Tigerman» —insistió Sabina agarrándole por el brazo—. Yo haré que mañana seas un hombre nuevo.

—Gracias preciosa, pero estoy cansado y sería mala compañía para ti esta noche.

Baxter abandonó el apartamento y salió a la calle, introduciéndose en el «Buick». Lo puso en marcha y comenzó a rodar por la ciudad.

Se vio obligado a abrir la ventanilla y respirar aire fresco. Lo necesitaba.

No había mentido sobre su habitación 24 en el «Moon Hotel».

Allí debía dirigirse, pero no tenía prisa por llegar.

Enfiló por Bayshore Boulevard, rodeando la bahía de Tampa, y aspirando el aroma salino de aquella madrugada.

Sin haber prestado todavía su juramento, Fred Baxter se aferraba a la «Fidelity, Bravery and Integrity» que formaban las siglas

F. B. I.,

aunque éstas significaban a su vez Federal Bureau of Investigation.

Recordó el laurel, las barras y las balanzas de justicia que aparecían en el ansiado escudo que aún no lucía pero por el que daría la vida si era preciso.

Quería atrapar a aquella banda de chantajistas sabotadores sin escrúpulos, y para ello debía seguir su juego. Aquello le repugnaba, y las fotografías que llevaba en el bolsillo parecían quemar.

Desde el principio había supuesto que Sabina Holliday era una mujer sin prejuicios, capaz de ir con éste y con aquél sin importarle demasiado y aceptando tal vez dádivas de todos, más aquel repelente chantaje no lo hubiera esperado de ella.

De pronto, le vino a la memoria la otra mujer que conociera aquella noche y maniobró con el «Buick» para dirigirse hacia el «Scorpion Club».

No podía pensar en comunicarse con sus jefes del

F. B. I.,

seguramente Jack le haría seguir los pasos, pero pensando en Noemi experimentó una grata sensación de limpieza.

CAPÍTULO VI

Noemi Parkington dio los últimos toques a su cabello y se dirigió a la puerta de empleados. Su trabajo, por aquella noche, había terminado.

Cuando estaba llegando a la salida, el camarero que antes la amonestaba en presencia de Fred se le acercó luciendo la mejor de sus sonrisas y una luz peculiar en sus pupilas.

—¿Ya te vas, Noemi?

—Sí, creo que por hoy he cumplido.

—Aguarda pequeña, puedo llevarte en mi coche hasta tu pensión —dijo cogiéndola por el brazo con excesiva amabilidad.

—Suélteme, sé ir sola —le respondió ella apartándose.

Noemi era una muchacha joven, muy joven, aunque en apariencia y debido a la cosmética, no lo resultaba tanto. Sabía bien que debía aparentar ser mayor, pues si la policía se enteraba de sus diecisiete años, casi dieciocho, la apartarían de allí y eso no le convenía hasta que al menos pasaran unos meses.

—No seas arisca, yo puedo ayudarte mucho si lo necesitas.

—No quiero su compañía. El autobús me llevará a mi pensión.

—Siempre es más cómodo viajar en un coche y el mío es de último modelo —insistió ladinamente el astuto camarero, el segundo en jerarquía del club.

—Le he dicho que no, deseo irme sola.

El hombre la aferró por la muñeca y apretó con la malsana intención de lastimarla para hacerle entender que era él quien mandaba y podría dominarla a su antojo.

—Mira, nena, hablemos claro. Si te vienes conmigo saldrás ganando. Me gustas y tendrás vestidos, es más, si es preciso te sacaré de las manos de Jack. No tendrás que hacer como las otras

cuando se te destine.

—¡Eso no lo haré nunca, ya se lo dije a Jack! ¡Ahora suélteme, me hace daño!

—Eres demasiado orgullosa, yo te enseñaré cómo domestico a las chicas como tú que luego acaban por arrastrarse a mis pies.

Tras proferir su amenaza, Percyval la atrajo contra sí y la abrazó salvajemente, intentando besarla. Noemi le arañó el rostro decidida y ambos forcejearon.

—¡No conseguiré nada de mí, nada! —advirtió ella sin dejar de luchar.

—¡Ya lo creo que lo conseguiré!

Se hallaban solos en el pasillo que conducía a la salida y medio sumidos en las sombras. Cerca no había nadie, casi todos los empleados del local ya se habían marchado.

Irritado, molesto por los arañazos y despechado por el desprecio, Percyval no dudó en abofetearla tratando de acogerla.

—¡No, no me pegue, canalla!

Noemi se protegió la cara con las manos para que los golpes le hicieran el menor daño. Apoyaba su espalda en el ángulo de la pared, temiendo que en cualquier momento las piernas le flaquearan y se desplomara al suelo.

—¡Ya te enseñaré yo!

De pronto, una voz desconocida masculló:

—¡Tú no enseñarás nada!

Percyval se revolvió sorprendido y ante sí vio el rostro surcado por la larga cicatriz que partía del labio hasta el lóbulo de la oreja.

—¡No se entrometa en mis asuntos! ¡Aquí no estamos en el club y no tengo que servirle! ¡Largo o le pesará! —amenazó envalentonado por el golpe de sangre que le hiciera lanzarse a pegar a la muchacha.

—Yo no soy una chica indefensa, compadre y para demostrártelo, encaja esto.

Baxter, hábil boxeador, lanzó su zurda hacia abajo. Percyval intentó bloquearla, pero de pronto se encontró con un directo en plena nariz que le arremolinó la sangre en el cerebro y de no sujetarle la espalda la pared, hubiera caído al suelo.

—¡Maldito, te mataré! —masculló el camarero.

A Fred le fue fácil faltar a la acometida de su adversario. Luego,

esquivó un zurdazo y bloqueó con ambos antebrazos un venenoso rechazazo que le buscaba la nuez. Su respuesta no tardó en producirse.

La zurda de Fred, como la de un púgil en pleno éxito, golpeó cuatro veces consecutivas sobre el pecho de Percyval que resonó como un tambor.

Noemi, todavía pegada a la pared, observó cómo la derecha de Baxter castigaba contundentemente la faz de aquel indeseable hasta lanzarlo al suelo con una bolea en la mandíbula derecha.

Sin embargo, Percyval era contrincante peligroso. Apenas se estaba reponiendo del golpe cuando en su mano apareció algo que tras un chasquido mostró un acero apareció, afilado, largo y puntiagudo como la lengua de una serpiente.

—¡Cuidado, la navaja! —chilló Noemi aunque Fred, entrenado para la lucha, no necesitaba el aviso.

—¡Te coseré, maldito! —rugió el camarero poniéndose a gatas.

Fred dio un salto hacia la izquierda de su enemigo, sorprendiéndole, pues éste esperaba que le atacara directamente a la mano armada.

Después, le propinó tal pisotón en los dedos de la zurda que Percyval rugió de dolor. Instintivamente se llevó la mano armada hasta la herida para protegerse.

—¡Ahora verás, cerdo!

Sin vacilar, Fred aplastó su tacón contra la mano armada y sintió crujir varios huesos bajo él. Percyval puso los ojos en blanco y Fred decidió cerrárselos rápidamente; le caían antipáticos.

Como si la cabeza del camarero se hubiera convertido en una pelota de fútbol, le dio un punterazo con su izquierda alcanzándolo en la mandíbula y lo dejó completamente inmóvil.

—¿Lo ha matado? —preguntó Noemi llevándose las manos a la boca como para contener un grito de angustia.

—No muñequita, no lo he matado, aunque nada se perdería. El tipo que es capaz de pegar a una mujer merece ir al infierno.

—La verdad es que es un canalla.

—Dime, ¿qué quería de ti? —La joven, como respuesta, bajó la mirada enrojeciendo—. Está bien, comprendo. Vamos, salgamos fuera.

Ya en la calle, Fred la cogió por el codo suavemente, sin

malsanas intensiones, y la condujo hacia la calleja contigua diciendo:

—Ahí está mi carro.

Noemi se detuvo, como si sus pies hubieran quedado presos en un cepo.

—¿A tu coche?

—Sí, ¿qué hay de malo? —inquirió él sorprendido por el súbito frenazo.

—Percival también pretendía llevarme en su coche. Yo me he negado y...

—Comprendo, pero yo no deseo nada de ti, sólo acompañarte.

—Es que cojo siempre el autobús para rodear la bahía. Vivo al otro lado, en una pensión.

—De acuerdo, en ese caso puedes coger el autobús —indicó Fred con tanta naturalidad que avivó la luz en los ojos grandes de la morena.

Ésta, sonriendo, musitó:

—No, no hace falta. Si puedes llevarme en tu coche...

—Gracias por confiar en mí —dijo el federal alegre. Sin embargo su devoción por la soltería le advertía que aquella chica era muy peligrosa. Las ovejas mansas son las que cazan a los lobos más feroces.

El motor del «Buick» hizo que éste arrancara suave pero veloz.

Cuando ya rodaban por la ciudad, Fred comentó por decir algo:

—Hace una noche, quiero decir, una madrugada muy estrellada, ¿verdad?

—Sí, no faltan muchas horas para que salga el sol.

Como viera Baxter que la joven dudaba, indicó:

—Me llamo Fred. Si oyes otros nombres o apodos, no hagas caso y sigue llamándome Fred.

—¿Por qué un hombre como tú, que parece tener dinero, se interesa por una pobre chica como yo?

—No sé, estar contigo es para mí como encontrar un globo entero dentro de un colegio de niños.

—¿Crees que es difícil encontrar ese globo intacto?

—Sí.

—Fred, siempre voy directamente con el autobús a mi pensión. ¿Te molestaría que paseáramos un poco? La verdad es que necesito

aire puro, no hago otra cosa que ir del club a la pensión y de la pensión al club.

—Con mucho gusto, Noemi. —Baxter enfiló hacia las afueras.

—Fred, parece muy distinto ahora de cuando te he conocido en el «Scorpion».

—Bueno, es algo largo de contar —señaló evadiendo una respuesta concreta.

—¿Y por qué no me lo explicas?

—¿Sabes una cosa? Soy algo flaco de memoria y siempre que llevo una chica bonita al lado me vuelvo muy olvidadizo.

El automóvil se desvió de la carretera y se adentró por un camino vecinal, subiendo a una colina desde la que se contemplaba la bahía de Tampa, profusamente iluminada.

Poco después, detenía el coche y salía de él.

—Hará frío —dijo la mujer algo temerosa.

—No, en absoluto. Hace una madrugada espléndida. Mañana, los ricachos disfrutarán de todas las atracciones turísticas que brinda Tampa a precio de oro.

Noemi abandonó el «Buick» y se situó junto al hombre. Éste, sin cumplimientos, se sentó en el suelo junto a un arbusto y extendió su pañuelo diciendo:

—Puedes sentarte tú aquí.

Noemi no opuso reparos y pronto se encontró al lado de Baxter. Sus manos sintieron las varoniles. Sin saber por qué, no las retiró.

—Noemi...

—¿Qué, Fred? —preguntó ella en un susurro.

—Tú no pareces una chica... ¿cómo diría?

—No es preciso que puntualices, te entiendo No, no soy de ésas, al menos por ahora.

El federal la observó sorprendido.

—¿Insinúas que acabarás siendo una cualquiera?

—Me están presionando para ello. En este mundo, las chicas solas como yo están rodeadas de enemigos que no pretenden otra cosa que servirse de ellas.

—Es horrible lo que estás diciendo.

—Y a mí me extraña que esas palabras salgan de tu boca. Tú eres un hombre de mundo, un hombre de dinero que frecuenta clubs caros.

—Algún día te contaré algo que ahora no puedo decirte. —Sacó el pañuelo del bolsillo superior de su chaqueta, y antes de que ella pudiera oponerse, le frotó el rostro quitándole el pintalabios y el maquillaje. Luego, opinó—: Noemi, tú eres joven, muy joven.

—Fred, ¿por qué has hecho eso?

—No lo sé —replicó él mirando el pañuelo lleno de pintura.

Ella bajó la cabeza.

—Sí, soy joven, aún no he cumplido los dieciocho.

—Eres casi una niña. ¿Cómo es que trabajas en el club, si la ley no te permite ni siquiera entrar en él?

—Por mi gusto no trabajaría allí, pero no puedo evitarlo, me obligan.

—¿Quién?

—Un tipo llamado Jack.

—¿Jack «el Sonriente»?

—Sí. ¿Los conoces?

—He oído hablar de él. Continúa.

—Bueno, yo también tengo una historia larga en mi vida.

—Explícamela, me interesa.

—¿Por qué, Fred, por qué te preocupas por una chica como yo, una chica sin porvenir, sin nada, rodeada de enemigos y maltratada por el destino?

El la cogió por la barbilla y acercándosele la besó con suavidad. Ella reclinó su cabeza entre el brazo y el tórax viril.

—Me interesa todo lo tuyo, Noemi. Eres bonita y estoy seguro de que pura también.

—Sí, pero no puedo asegurarte hasta cuándo. Ya has visto esta noche, de no ser por tu intervención...

—¡Maldito gusano! Me arrepiento de haberlo dejado solo noqueado.

—No, Fred, no quiero que nadie se haga daño por mí.

—Vamos, explícame algo más sobre ti.

—Lo que tú desees saber es por qué trabajo en el «Scorpion», ¿verdad?

—Sí.

—Verás, soy hija de padres divorciados. Mi custodia se confió a mi madre pero ella murió todavía joven. A papá no volví a verle más. Luego mi tía, una mujer puritana hasta la exageración, se hizo

cargo de mi educación.

—¿Y qué sucedió después?

—Todo ocurrió rápidamente, sin casi darme cuenta. Unas amigas me invitaron a ir a un «pícnico».

—¿Pasó algo malo en la excursión?

Antes de responder, Noemi bajó la cabeza, avergonzada.

—Los chicos no resultaron tan caballeros como pensaba. Fuimos a un lago cercano, allí pusieron un «pick-up»,

bebieron, bailamos, la cosa fue a más. Unos trataron de abusar de nosotras y algunas de mis amigas no parecieron molestarse, pero otras sí.

—¿Y tú?

—Yo intenté correr pero me golpearon. Perdí el conocimiento, y cuando lo recuperé, un policía me cubrió con una manta. Estaba casi desnuda.

—Pero...

—No, no me hicieron nada. Un chico fue encontrado muerto de un botellazo y dos chicas resultaron heridas.

—¿Quién mató a aquel chico?

—Lore, una amiga. Cuando yo dejé el reformatorio, ella se quedó allí.

—¿Os encerraron?

—Sí, y todos fuimos juzgados. Mi tía, en su fanatismo, no quiso ser justa e hizo que me condenaran a un correccional tildándome de obscena.

—¿Pudieron acusarte de algo?

—Nada había para probarme, pero acabé en el reformatorio.

—Sí, a veces la justicia se equivoca o la hacen equivocar algunos retrógrados como tu tía. ¿Qué más sucedió?

—Bueno, yo pasé dos años en el correccional, pues cuando sucedió aquello apenas contaba quince años.

—De modo que hace poco que has salido.

—Sí, me sacaron con una fianza de tres mil dólares.

—¿Quién pagó esa cantidad?

—Jack «el Sonriente». El no vino, pero se presentó un matrimonio que dijo iba a hacerse cargo de mí, pagó la fianza y me sacaron. Después me enteré de qué aquel matrimonio eran meros

intermediarios que Jack utiliza para buscar chicas de buena presencia para sus sucios negocios.

—Cuando supiste qué es lo que querían de ti, ¿qué hiciste?

—Intenté rebelarme, pero me dijeron que si lo hacía sería devuelta al reformatorio. Aquello me horrorizó, yo no podía estar más entre rejas, las odiaba con toda el alma.

—¿Y qué salida más te ofreció «el Sonriente»?

—Para calmarme, pues me vio muy nerviosa, dijo que me probaría un tiempo como cerillera en el club.

—¿El «Scorpion» es suyo?

—Sí, aunque creo que no está a su nombre. Sin embargo, los beneficios son para él. Yo accedí, no es que me gustara el empleo pero me libraba del correccional donde injustamente estaba recluida. Me puse mucha pintura en la cara para parecer mayor, pues así me lo ordenaron y comencé a trabajar.

—Sin embargo, debes pasar revista en las oficinas del reformatorio una vez al mes, ¿no?

—Sí.

—Podrías explicar allí lo que te sucede.

—Si lo hiciera, posiblemente condenarían la conducta de Jack, pero a mí me encerrarían de nuevo y te juro que no podría resistirlo.

—Ya —asintió él grave—. ¿No habría medio de librarte de ese puerco?

—Sólo cuando llegue a la mayoría de edad o casándome. A veces he estado tentado de hacerlo con alguno de los hombres que acuden al club. Sé que no les importaría el matrimonio, me ven joven y no les parezco mal.

—Lo que les pareces a esos cerdos sin escrúpulos muy bien. Eres muy atractiva, cualquier hombre se casaría contigo rápidamente.

—Fred, la vida es tan dura para mí...

—No temas, yo te ayudaré a salir de todo esto.

Ella alzó sus grandes ojos y preguntó súbitamente:

—¿Y qué has hecho con Sabina Holliday?

—Vaya, ¿te has enterado de que me he marchado con ella? —inquirió divertido.

—Sí, no soy ciega.

—Pues la he acompañado a su apartamento y allí la he dejado.

—¿No ha habido nada más?

—¿Por qué habría de haberlo?

—No sé, Fred, pero...

Ambos labios se unieron de golpe como dos vehículos lanzados uno contra el otro.

Luego, como si en verdad hubieran chocado, ambos perdieron la noción de cuanto les rodeaba.

Sólo vivían para ellos mismos.

CAPÍTULO VII

Patrick Mackency resultó ser un tipo con cara de búho y dientes de roedor. Sus manos, gordezuelas y sudadas eternamente, conducían el volante del «Chrysler» con cierta habilidad.

—¿Hacia dónde nos dirigimos? —preguntó «Tigerman» a su lado.

—Venimos observando a Karl Ribentrov hace algún tiempo y suele salir los días de fiesta por la carretera general de Cabo Kennedy hacia Tampa. Nosotros lo esperaremos en el sitio donde se desvía para ir hacia el «cottage» que tiene en la montaña, bueno, aquel lugar es un coto de caza privado.

—¿Y si ha pasado ya? —preguntó Fred buscando todas las posibilidades de fracaso.

—No lo creo. Si actúa con su lógica habitual, cosa en la que los científicos no fallan, no tendremos que esperar mucho tiempo. Esos hombres están acostumbrados a un cronometraje estricto y luego, fuera del trabajo, lo imponen ellos a los demás, incluso a sus propias familias. Lo hemos venido estudiando.

—Entonces, ¿cómo se explican sus aventuras con Sabina?

—Eso es asunto aparte. El ya habrá sabido encontrar un hueco, que es fácil de rellenar para un científico. Con decir que se ha ido a tal o cual biblioteca para consultar o algo por el estilo, asunto resuelto.

Mientras fumaba recostado en el asiento, Fred Baxter pensó que aquella organización de espionaje y sabotaje por cuenta de potencias extranjeras con el único afán de lucro, era muy peligrosa pues resultaba casi perfecta. Dejaba el «casi» porque él sabría hallar el modo de destruirla.

Patrick abrió la guantera y oprimió un botón. El piloto rojo se

encendió. Fred lo observó con curiosidad.

—¿Qué es esto?

—Nuestra emisora particular. Por este medio nos comunicamos con el jefe; él nos organiza a todos. Es un sistema parecido al que emplea la policía.

—Todo perfecto.

El irlandés rió satisfecho.

—Sí, Jack «el Sonriente» jamás deja nada al azar.

De pronto, brotó la voz al otro lado de las ondas, captada por el emisor-receptor ambulante.

—Trakope al habla. ¿Sucedé algo?

—Soy Patrick, cambio.

—Bien, el jefe se pone al habla.

Acto seguido se escuchó la voz inconfundible de «el Sonriente».

—Hola, Patrick. ¿Está «Tigerman» contigo?

—Sí, aquí estoy, no me he quedado en la jaula —contestó el propio Baxter en tono irónico.

—De acuerdo. ¿Os dirigís ya al lugar del encuentro?

—Sí, hacia allá vamos, jefe. Una vez terminado el encuentro comunicaremos los resultados, cambio.

—De acuerdo. Buena suerte y cierro.

El piloto rojo se apagó y Patrick cerró la guantera con el llavín que guardó en su bolsillo.

—Hay que comunicarle siempre al jefe lo que se está haciendo o lo que se va a hacer, también las rutas que seguimos. El nos controla a todos.

—¿Y hay muchos coches como éste?

—Por ahora, sólo cuatro, no hace mucho perdimos uno. Mickey Slatery fue el imbécil que «palmó».

—¿Mickey Slatery? No he oído hablar de él.

—Ni oirás. Quién sabe dónde para su cadáver, al jefe no le gusta dejar huellas. Ya te he dicho que hace las cosas bien.

Patrick sacó una pastilla de chicle del bolsillo y la tendió a Baxter.

—No, gracias, prefiero fumar.

—Yo no, el chicle me ayuda a calmar los nervios.

El «Chrysler» rodaba a una buena velocidad por 3a autopista. De pronto, cuando ya llevaban recorridas más de ochenta millas,

Patrick se desvió por un camino sin asfaltar y luego lo introdujo entre los árboles como si previamente hubiera estudiado la zona.

—Bueno, aquí esperaremos a nuestro hombre.

—Magnífico lugar —opinó Fred—. Desde aquí se divisa la autopista y en cambio no nos ven a nosotros. En cuanto Ribentrov se meta por aquí, lo veremos inmediatamente.

—Eso es. Ahora sólo hay que aguardar.

Apenas habían transcurrido veinte minutos cuando un sedán «Mercury» se desvió de la carretera para adentrarse por el sendero polvoriento.

—Ahí está nuestro hombre —advirtió el «gángster». Ése es su coche.

Fred observó el automóvil que ascendía por la pendiente. De pronto en el momento preciso y seguramente calculado con anterioridad, Patrick pisó el acelerador y cortó el camino del «Mercury».

El conductor del sedán sacó la cabeza por el cristal bajado de la portezuela y el federal reconoció en él al hombre de las fotos.

—Eh, ¿qué sucede? ¿Se les ha estropeado el carro?

Patrick y «Tigerman» saltaron al suelo.

El del chicle y cara de búho fue el primero en llegar junto al «Mercury», ya que éste se hallaba en su mismo lado.

El sicario de Jack tiró de la manecilla y abrió la puerta ordenando tajante:

—Vamos amigo, fuera y deprisa.

—¿Qué es esto, un atropello? —inquirió el científico. Pensaba pasar un día de asueto e iba a convertirse en una jornada trágica para él.

—Sólo queremos charlar un ratito contigo —indicó Patrick tirándole del brazo con violencia.

Fred, a un paso de distancia, contemplaba la escena más que participaba en ella.

—¡Si van a atracarme no llevo dinero, lo juro! ¡Pueden registrarme! —indicó ya asustado, pues preveía que aquel tropiezo no iba a resultar un incidente sin importancia.

De pronto, Karl Ribentrov se fijó en el rostro de Baxter y lo reconoció al punto, exclamando:

—¡«Tigerman»!

—Tiene buena memoria, profesor Ribentrov —contestó el federal sonriendo y sin dejar de fumar, tranquilo.

Karl Ribentrov salió del coche temeroso.

—¿Qué quieren de mí? No llevo documentos, yo no tengo importancia en la base.

Patrick masculló:

—Por lo visto, el «tío» va supone lo que deseamos de él.

—Sí, pronto verá más claro que ha de trabajar para nosotros —advirtió «Tigerman».

—¡Sé lo que le sucedió a Hartman, pero conmigo no haréis lo mismo! —rugió decidido.

Sorprendido, Patrick tuvo que encajar varios impactos en el rostro, propinados por el sabio que, pese a su edad, se conservaba fuerte y disparaba buenos puñetazos.

Patrick Mackency era un sujeto nervioso, Jack no había hecho buen negocio acogiéndolo en su plantilla de asesinos. Los nervios le saltaban como si fueran muelles y luego no podía contenerse.

—¡Maldito! —Gruñó el pistolero.

Desde el suelo, y viéndolo todo rojo, Patrick desenfundó su pistola y apuntó a Ribentrov con deseos incontenibles de matarlo.

Mas se llevó una desagradable e inesperada sorpresa.

«Tigerman» sacó su «Browning» antes que él y le disparó sin contemplaciones.

Con los ojos desmesuradamente abiertos por la estupefacción, Patrick dobló su cuerpo hacia atrás y quedó inmóvil sobre la tierra polvorienta. Su camisa comenzó a teñirse de rojo.

—¿Por qué lo ha matado? —preguntó Ribentrov sorprendido a su vez.

—Simplemente porque iba a matarle a usted y entre ambos no había otra elección. El tenía que morir.

Sudoroso, dándole el sol en pleno rostro, el científico preguntó:

—¿Es que yo le intereso más?

—Sí, profesor. Su vida es preciosa para la nación, hay pocos cerebros de su categoría.

—Y también pocos asesinos de su sangre fría, «Tigerman» —le replicó ya empapado de pies a cabeza.

—No, no soy un asesino y voy a ayudarle porque se ha metido en un lío muy difícil.

—No le comprendo, «Tigerman», no entiendo nada.

—Pronto comprenderá, profesor.

—Sólo sé que la policía le busca, que ha asesinado a federales y que roba documentos muy importantes.

—Olvídese de eso.

Ribentrov tragó saliva. Su interlocutor seguía con la pistola en la mano.

—¿Qué pretende ahora de mí?

—Su colaboración.

—¡No traicionaré a los que confían en mí!

—Ni yo lo pretendo.

—¿Entonces?

—Mire, profesor, si ese tipo continuara vivo, las preguntas serían otras. Ahora, le voy a pedir un juramento, un juramento que si viola puede costarle muy caro.

—¿Yo jurar, el qué?

—Antes de explicarme tendrá que jurar, de lo contrario seré yo quien no podrá confiar en usted. Le recuerdo que si traiciona este juramento será acusado de alta traición ante una corte federal.

El cerebro del científico semejaba hervir. Al fin, pegada la camisa y los pantalones a la piel por el sudor y notando una sed jamás sentida, asintió.

—Lo juro.

—Profesor, yo no soy un asesino ni un «gángster».

—¿Ah, no? —inquirió mordaz.

—No. Soy un agente federal. La cicatriz es postiza y no he matado a nadie, salvo ese tipo que está ahí y que por Otra parte lo merecía.

—¿Y los federales que asesinó delante de la televisión?

—Cuando le deje, póngase al habla con el inspector federal Spencer Rollan.

—¿Por qué?

—Porque él es el único hombre que le confirmará mi identidad. Actúo en misión especial para descubrir a los que empujaron al profesor Hartman a cometer su acto de sabotaje.

Ribentrov se sentó en el guardabarros de su coche y respiró hondo. Después, se enjugó el sudor del rostro con la manga de la chaqueta.

—¿Ha matado a ese hombre para salvarme la vida?

—Sí. Al hacerlo me he metido en líos, pero no podía dejar que él lo liquidara a usted.

—¿Y ahora qué sucederá?

—Escúcheme bien. Yo estoy metido en la banda de sabotadores y chantajistas. No se fían mucho de mí, pero me tienen en cuenta. Luego se pondrá al habla con el inspector Rollan, él le confirmará el resto para que no haya lugar a dudas.

—¿Y qué es lo que tiene que decirme?

—Profesor, yo venía con ése —mostró el cadáver— para chantajearle, para obligarle a hacer nuestra voluntad y convertible en un pelele de la organización de sabotadores mercenarios.

—¿Chantajearme a mí? ¿Cómo? —preguntó escéptico.

Fred le lanzó una mirada como diciéndole: «¡Infeliz!». Luego, sacó del bolsillo las tres fotografías y se las tendió.

Ribentrov miró las instantáneas y su rostro enrojeció como la grana. Luego, preguntó tartamudeando:

—¿Cómo las ha conseguido?

—Yo no las he conseguido, sino ellos. Con ellas pensaban chantajearle, verá usted que si esas fotos se publican su honradez y su puesto en la sociedad americana se derrumbarían. Sería su ruina, profesor.

—Estúpido de mí, me dejé coger en la trampa como un colegial. Ella era un cebo, ¿verdad?

—Sí, un cebo y muy bonito, lo reconozco. Cualquier hombre podía caer en la trampa, yo mismo estuve a punto de sucumbir por culpa de ella.

—¿Y si rompo las fotos? —inquirió cogiéndolas entre sus dedos.

—Inútil, profesor, no son tontos y tienen más copias. Han calibrado bien cuánto pueden perjudicarle, siempre buscan víctimas honorables, hombres casados y con hijos. Hartman era un prototipo, usted ha sido otro.

—¿Y cómo puedo salir de este lío?

Fred achicó las pupilas y preguntó:

—¿Qué me contestaría si le dijera que siga al pie de la letra lo que esos sabotadores chantajistas pretenden?

—Que prefiero mi ruina antes que defraudar a los que confían en mi honradez profesional.

—Buena respuesta, profesor. Si me hubiera dado otra, no confiaría en usted ni trataría de ayudarlo.

—Entonces, ¿me ayudará? —preguntó casi como un niño desvalido.

—Sí, aunque no se lo merece demasiado, por lo de las fotografías.

—¡Le juro que no volveré a pasarme una cosa semejante!

—No es ningún delito salir con una mujer, profesor —advirtió sonriendo— ni tiene que jurármelo a mí. Hágalo por su esposa, por sus hijos.

—Sí, tiene razón. Estoy consternado por cuanto ocurre.

—Ya ve, hasta las faltas que se cometen en el anonimato se llegan a descubrir. En este mundo hay que ir con pies de plomo. —Fred hizo una pausa y prosiguió—: Va a hacer como si se hubiese puesto de acuerdo conmigo.

—¿Tendré que preparar algo? Me refiero a algún sabotaje.

—Más adelante, yo mismo o cualquier otro de la organización le dará instrucciones que usted aparentará seguir al pie de la letra. Seguramente le vigilarán en la misma base, creo que allí tienen algún contacto.

—¿Quién es? —preguntó asustado.

—Lo ignoro, pero sea quien fuere, tiene que morder el anzuelo hasta que sepamos su nombre. Yo comunicaré a los que ahora son mis compañeros que usted al final accedió, que seguirá nuestros planes por miedo a las fotografías.

—De acuerdo. ¿Qué más?

—Otra cosa, a ese tipo lo habrá matado usted. —Al ver la cara de miedo que ponía el científico, advirtió—: No, no tema, no le harán nada. Les conviene vivo y no muerto, pero comprenda que sería demasiado sospechoso que yo matara a uno de mis propios compañeros.

—Sí, claro.

—Bien, profesor, ahora ya puede marcharse. Recuerde bien cuanto le he dicho, porque si me falla será el primero en caer.

—No, no lo olvidaré, pero «Tigerman» o como se llame en realidad, ¿podrá recuperar esas fotos sin que pasen a otras manos? Ya me entiende...

—Haré lo que pueda. Si todo sale bien, usted será el mismo

hombre que hasta ahora en cuanto respecta a su reputación y luego quizá sus jefes le feliciten por colaborar activamente con el F. B. I.

No hable con nadie de todo esto, a excepción del inspector Rollan, ni a sus superiores ni a su esposa. No olvide que lo ha jurado.

Tras las últimas palabras, Fred Baxter le tendió la diestra en señal de amistad.

El científico utilizó ambas manos para estrechársela efusivamente y luego se metió en su coche. Lo puso en marcha y adentrándose un poco en la montaña, pasó ante el «Chrysler» desapareciendo del lugar a toda velocidad.

Ya solo, «Tigerman» fue hasta el cadáver yerto de Patrick y metiéndole la mano en el bolsillo de la chaqueta, le arrebató el llavín que antes guardara.

Abrió el portaequipajes del «Chrysler» e introdujo el cadáver en él. Más tarde se sentó junto al volante y tiró el cigarrillo prendiendo fuego a otro casi parsimoniosamente.

Abrió la guantera y oprimió el botón que viera pulsar a Patrick.

—Aquí «Marine». ¿Eres tú, Patrick? Cambio.

—No, soy «Tigerman», dile a Jack que se ponga. Cambio.

—¿Qué sucede? —inquirió rápidamente la voz del «Sonriente» que parecía estar muy cerca de la radio.

—Hemos tenido un tropiezo, Jack.

—¿Qué clase de tropiezo? —inquirió grave, presagiando amenazas—. Cambio.

—El profesor ha salido un poco duro de pelar y se ha cargado a Patrick con su pistola. Cambio.

—¿Que ha liquidado a Patrick? ¡Cambio!

—Sí, un balazo en el pecho. Ha tenido mala suerte, está muerto.

—¿Y el profesor? Cambio.

—Me ha costado, pero al fin he podido acogotarlo. Con calma le he explicado lo que pretendíamos de él. Le he mostrado las fotografías y al final ha aceptado nuestras condiciones. Creo que no nos fallará.

—¿Estás seguro de que cederá? Cambio.

—Seguro. Conozco bien a los tipos, primero mucha bravura, por eso se ha cargado a Patrick que por otra parte se ha comportado torpemente. Después, por poco más se pone a llorar de miedo. Al

parecer teme más a su mujer que a nuestra artillería.

—Bien, «Tigerman», ahora dirígete a la carretera ciento cuatro, milla setenta y ocho. Allí te esperaremos.

—¿Qué hago con el fiambre? Cambio.

—Tráetelo, nosotros nos desharemos de él. Cambio y cierro.

Fred Baxter puso el coche en marcha y salió del camino vecinal. Pasó a la autopista y luego desvió hacia la carretera ciento cuatro. Media hora más tarde, llegaba a la milla indicada.

La plancha de aluminio de un gran camión frigorífico brilló frente a él y de pronto descubrió a «Cocotero» ante éste haciéndole señas con la mano. Fred pisó el freno y detuvo el auto.

—Sube a la cabina del camión, yo me quedaré en el coche — indicó el mestizo.

«Tigerman» obedeció y al volante del frigorífico vio a Baldini, el italiano, que con el pulgar le señaló atrás.

Apartó una cortina y se metió dentro del camión, que no era otra cosa que un despacho perfecto con control de radio frente a la cual se sentaba «Marine».

—Hola, «Tigerman» —le saludó Jack mirándole a través de sus grandes gafas oscuras.

Con la mayor naturalidad, Fred cogió una silla y se sentó en ella dispuesto a darle cuantas explicaciones hiciera falta.

No obstante, sabía muy bien que un pequeñísimo desliz que alertara la suspicacia de aquel hombre sin piedad le costaría la vida, y el

F. B. I.,

tendría que comenzar de nuevo.

CAPÍTULO VIII

—¡«Tigerman»!

Baxter, que caminaba por el corredor interior del «Scorpion Club» se volvió:

La rubia platino se hallaba en la puerta de su camerino. Su cuerpo pegado a la jamba, mostraba sólo la mitad de su anatomía, pero era una mitad demasiado atractiva. La fémica tenía indudable «sexy».

—Hola, Sabina. ¿Qué tal te va esta noche?

—Muy mal si no te veo de cerca —le respondió ella con insinuante sonrisa.

—¿Y cómo te las arreglabas hasta ahora sin mi presencia? —preguntó con sorna.

Sabina se separó de la puerta y avanzó hasta el hombre contoneándose. Le lanzó al cuello los dos brazos y trató de besarlo, pero éste la rechazó de modo instintivo.

—¿Tienes miedo de mí, «Tigerman»? —inquirió mordaz más sin dejar de sonreír.

—Mira, Sabina, yo no tengo miedo de nadie, lo que podemos hacer es ser buenos amigos ahora que debemos tratarnos con más asiduidad.

—Yo te ofrezco algo más que amistad.

—No me interesa, Sabina.

Aquella respuesta acabó de colmar la paciencia de la mujer, que al sentirse despreciada exclamó furiosa:

—¡Grosero!

Unido a su insulto, su mano pequeña pero larga y firme, abofeteó el rostro viril.

Fred Baxter no la miró con odio, sino con lástima. Después, sin

agregar una sola palabra, dio media vuelta y se alejó.

Fred pasó al club donde estaba actuando la misma atracción que viera días antes del hombre y sus dos «*partenaires*». Todos ellos tenían aire francés y no cesaban de dar saltos y caídas al compás de una música que no le agradó.

Un camarero se le acercó sonriéndole abiertamente. Aquél no era Percyval.

—¿Desea algo el señor?

—Sí, un buen reservado.

—Sígame, por favor.

El empleado le condujo a través de unas mesas. Luego, pasó a un corredor solitario en el que se abrían varias puertas. Tras algunas de ellas podían escucharse claramente risas femeninas.

Al fin, franqueó una y le mostró el interior.

—En éste se sentirá a gusto el señor. Desde la ventalla puede dominarse perfectamente la pista.

—Bien, me quedo.

—¿Qué tomará el señor?

—Una botella de *champagne*, del mejor, y dos copas.

Fred, que vestía un impecable *smoking*, se sentó tras la mesa mientras el camarero tomaba nota del pedido.

—¿Espera a alguien el señor?

—Eso es cuenta mía y ahora dígle a la cerillera que venga.

—¿Precisa tabaco?

—Sí.

—Bien, señor, pronto estará servido.

El camarero se retiró del reservado dejándolo solo. Poco después regresaba con el champaña, las dos copas y la cerillera a su lado.

—Aquí está todo, señor.

—Bien, póngalo en la mesa. —Se encaró con Noemi, que lo observaba interrogante, y dijo—: Tú siéntate aquí conmigo.

La joven dudó un instante, aferrando sus manos blancas, intrínsecamente femeninas, a la bandeja donde portaba su mercancía.

—Lo siento, señor —intervino el camarero esbozando una mueca de disgusto—. La chica debe seguir prestando su servicio en el club.

—Tú, Noemi, dale la bandeja a él y usted váyase buscando a otra chica para que se la cuelgue del cuello.

—Pero, señor, esto no puede ser...

—Si no está conforme, comuníquesele a Jack. El le dirá que es preferible no molestarme. Ahora, lárguese, que suelo tener muy mala uva cuando me contradicen y si no, busque a Percyval y pregúntele cómo las gasto.

—Sí, sí, ya me marchó —balbuceó el camarero apresurándose a abandonar el reservado y cerrando la puerta como si dejara una fiera dentro de su jaula.

Noemi se sentó al otro lado de la mesa frente al hombre. Lo observaba asombrada con sus grandes ojos.

—¿Qué ocurre, Fred?

—Mucho y poco. Quería estar a solas contigo. Por cierto, ¿aquel tipo te ha vuelto a molestar?

—¿Percyval?

—El mismo.

—Imposible, está en el hospital con la mandíbula fracturada. Le diste una buena paliza.

—Bah, se lo merecía. Ahora, hablemos de cosas nuestras.

—Pero, Fred, se van a molestar...

—¿Quiénes?

—Los del club; Jack el primero. Bueno, ya sabes que trabajo aquí por órdenes tuyas y no quiero contradecirle. Me mandaría al reformatorio.

—No temas, tú has dejado de ser la esclava de todos. En adelante sólo serás, digamos, mi esclava.

—Fred...

—Noemi, he venido resuelto a todo.

—No te entiendo —objetó parpadeando con sus largas y espesas pestañas.

—¿Recuerdas que me dijiste que la única forma de no regresar al correccional era obedeciendo a Jack, esperar la mayoría de edad o casándote legalmente?

—Sí, son mis únicas salidas, pero...

—No continúes, espera unos instantes.

Ella cerró sus labios gordezuelos y rojos por el rabioso carmín. Apretó sus piernas enmalladas, como si pretendiera darse fuerzas y esperó.

«Tigerman» sacó algo de su bolsillo que luego colocó en uno de

los dedos de la muchacha.

Ésta abrió los ojos desmesuradamente y balbuceó sorprendida:

—¡Fred, si es un anillo de brillantes!

—Lo he comprado para ti, querida.

De pronto, el rostro femenino adquirió un aire grave. Sacándose la valiosa sortija denegó:

—Lo siento, Fred, te has equivocado conmigo. Yo no me vendo a nadie, ni siquiera a ti, queriéndote como te quiero.

Baxter quedó estupefacto unos instantes. Después estalló en una carcajada.

—Pero, Noemi, ¿qué diablos estás pensando?

—Fred, conozco a los hombres, sois todos iguales —replicó juntando sus manos nerviosamente. Frente a ellas, sobre el mantel blanco de la mesa, destacaba la preciosa sortija.

—Nena, te equivocas conmigo. Con ese anillo te ofrezco una oportunidad para escapar al reformatorio, casándote conmigo.

Los labios de la morena temblaron.

—Gracias, Fred, muchas gracias. Es admirable cuanto haces, nunca podría pagártelo, pero pese a que no tengo culpa alguna de lo que el destino hace conmigo, no quiero lástima ni ayuda.

—Es que yo no te las doy —objetó él cogiéndole las manos y ensortijando de nuevo uno de sus dedos con el anillo—. Sólo me aprovecho de las circunstancias.

—Vuelvo a no entenderte.

—Es muy fácil. Me gustas, eres una chica como jamás he encontrado otra igual y aprovechando tu dificultad te pido que seas mi esposa, a lo cual es casi seguro no vas a negarte. Por lo tanto, juego esta baza con ventaja.

—¡Fred, Fred, cómo te quiero!

Sus bocas se unieron en una caricia suave, pura, que sin embargo aceleró la sangre en las venas de ambos.

—Hasta que llegue el momento oportuno, deberás guardar en secreto cuanto te he dicho. No le confiarás a nadie lo que nos proponemos hacer. ¿Me lo prometes?

—Sí, Fred, te lo juro. Pero dime, ¿por qué quieres guardarlo en secreto?

—Es una razón que te explicaré también en su momento. Ahora nada puedo decirte, sería peligroso para los dos.

—¿Y qué haré yo?

—Continuar en el club hasta que sea preciso. Yo procuraré que nadie te moleste.

En aquellos instantes, sin que ellos se percataran, actuaba en la pequeña pista Sabina Holliday en su habitual número de «*strip-tease*».

La rubia platino, mientras evolucionaba al compás de la música, no mostraba los ojos cálidos y dadivosos como de costumbre. Ahora, sus pupilas se achicaban impregnadas de un odio incontenible.

«No te burlarás de mí, “Tigerman”, se dijo lanzando una mirada furiosa hacia la ventana del reservado en la que distinguía claramente las figuras de Fred y Noemi. Poco antes les había visto besarse».

Aquella noche, Sabina ni siquiera escuchó los aplausos que el público concurrente le tributó.

Pasó al corredor de los camerinos, con una bata que le tenía preparada su doncella a la salida del escenario.

Casi se topó con Manuel «Cocotero», el mestizo cubano que le sonreía abiertamente.

—Hola, Sabina, cada día estás más guapa.

—Aparta, «Cocotero», voy a mi camerino —indicó ella sin tapujos.

El hombre, que la doblaba en constitución física, la retuvo por el brazo como un chico a una paloma deseosa de huir.

—Sabina, ¿por qué no eres un poco más amable conmigo? Lo eres con todos, sé que vas tras de ese «Tigerman». ¿Qué te repugna de mí, acaso el ser mestizo?

Un «sí» rotundo fue ahogado en la garganta femenina que contestó ambiguamente.

—«Cocotero», tú no eres mi tipo, ya te lo he dicho otras veces.

—¿Por qué eres tan endiabladamente mala conmigo, sabiendo que por ti sería capaz de cualquier cosa?

La mujer escuchó atenta aquellas palabras. Vio los grandes ojos del mestizo enrojecidos por el deseo. Sin embargo, se sabía protegida por Jack, pues de no ser así quizá hubiera sentido miedo ante aquel energúmeno casi gorilesco.

—¿De veras que serías capaz de hacer cualquier cosa por mí? —

preguntó haciendo bailar en sus pupilas una llamita de esperanza que al hombre se le antojó fuego.

—Tú sabes bien que sí —espetó con voz ronca.

—Anda, pasa a mi camerino, Manuel —dijo apartando de su vocabulario el mote «Cocotero» por primera vez—. Quizá me haya equivocado contigo hasta ahora.

Manuel la siguió como el can al dueño que lleva en su mano un hueso. Después, penetraron en el camerino y la rubia cerró la puerta por dentro señalándole una silla.

—Siéntate ahí y estate quieto, no me gustan los chicos desobedientes y espero que tú no querrás molestarme, ¿verdad?

—Sabina, yo...

—Bueno, Manuel, ve hablando mientras yo me cambio de ropa —dijo astutamente. Sabía que podía jugar con aquel hombre que la deseaba, de la misma forma que una niña con su muñeco, pudiendo servirse de él y luego arrinconarlo.

—Verás, me gustas...

—Pero Jack te paga bien, puedes tener chicas a montones.

—Sí, pero la que me gusta eres tú, siempre me has atraído desde el primer día que te conocí —dijo torpemente, casi tartamudeando. La lengua se le trababa y sentía arder su rostro mientras sus labios se humedecían inexplicablemente.

—No puedes disimularlo, Manuel, tus ojos te delatan. A mí, si quieres que te diga la verdad, no me eres indiferente —mintió descaradamente.

—Sabina, yo creía que te repugnaba por ser mestizo...

—Te equivocas, Manuel. Tú eres un hombre fuerte, un hombre poderoso y que puede satisfacer las ansias de una mujer y yo sólo soy eso, una mujer...

«Cocotero» se puso en pie sin dejar de mirar la cabeza que asomaba por encima del biombo.

—Siéntate cariño o tendré que pedirte que te marches —advirtió con fingida severidad.

El hombre obedeció rápidamente.

—¿Qué puedo hacer por ti, Sabina?

—Mira, Manuel, esta noche voy a sentirme muy sola en mi apartamento, bueno, estaré más acompañada si *tú* estás conmigo, digamos tomando una copa...

—¿Que puedo ir contigo, esta noche? —preguntó incrédulo.

—Sí, pero antes tienes que ganártelo, si no jamás abriré mi puerta para ti.

—¿Qué es lo que tengo que hacer? ¡Dilo y dalo por hecho!

—Bah, es poca cosa para un hombre como tú.

—Pero ¿qué es? —inquirió impaciente.

—Se trata de eliminar a un tipo que me molesta, a un tipo que me ha ofendido. No me sentiré satisfecha hasta que lo vea muerto. Yo soy así, un poco vengativa.

—Sabina, dime su nombre y ya puedes encargarle flores. De lo contrario, la lápida que le pongan se verá demasiado triste.

—El hombre al que deseo que liquides se llama «Tigerman» Fred.

«Cocotero» sufrió una conmoción.

—¿«Tigerman»? —repitió vacilante.

—¡Manuel! —Sabina fingió sorpresa—. ¿Le temes?

—No, yo no tengo miedo a nadie, pero es que «Tigerman»...

—¿Qué sucede con él?

—Pues que Jack no me lo perdonaría. Sabes que lo quiere convertir en su lugarteniente, asegura que es un tipo que vale.

—«Tigerman» vale para matar, para robar, para la organización pero yo lo odio, lo odio a muerte.

—¿Por qué? —preguntó el mestizo inocente.

—Porque me ha abofeteado, me ha pegado, se ha atrevido a maltratarme porque se cree invulnerable. Luego, le atizó a Percyval cuando venía en mi ayuda —mintió tranquilamente.

—¿Ha sido capaz de tanto?

—Sí, ahora comprenderás por qué quiero verlo, muerto. Ya sabes, si esta noche me confirmas su muerte, mi puerta se abrirá para ti.

—¿Sólo esta noche? —preguntó tragando saliva.

—No soy tan tacaña con los buenos amigos —dijo saliendo ya de detrás del biombo. Lucía un vestido muy escotado, y acercándose a «Cocotero» le acarició el rostro como solo ella sabía hacerlo. Los ojos varoniles se encendieron.

—Sabina, es que el jefe...

—Tonto, hazlo de modo que nadie se entere, nadie tiene que saber que has sido tú.

Manuel, cegado, intentó abrazarla, más ella le rechazó enérgica aunque con suavidad.

—No tan aprisa, querido, primero hay que trabajar de firme. Después ya te estaré esperando.

«Cocotero» respiró hondo y asintió con la cabeza. Se dirigió a la puerta y antes de salir del camerino dijo:

—Dalo por muerto, Sabina. —Y se alejó.

CAPÍTULO IX

—Fred, ¿cuándo terminará todo esto?

—No puedo decírtelo todavía, Noemi —le contestó el hombre frente al volante de su «Buick». La fémina se hallaba recostada en el asiento, a su lado.

—De todos modos, Fred, yo ya me siento feliz así.

—¿Tienes motivos?

—Ya lo creo. Empezaba a creer que jamás podría confiar en ningún hombre. Tú me has dado esperanza, un motivo para vivir. Ahora ya no temo al reformatorio, ni a Jack.

—No cantes victoria aún, pueden surgir complicaciones y quizás en vez de flores a un altar tengas que llevarlas a mi tumba.

—Por Dios, Fred, no digas eso, me estremezco sólo de oírlo.

—No temas, querida. Sólo por ti valdría la pena conservar la vida al precio que fuera.

—Gracias, Fred. Ahora ya debo dejarte.

—Sí, ve a dormir. Debes estar cansada.

—Sí, han sido demasiadas emociones esta noche para que mis nervios las soporten bien.

Dos pupilas grandes, oscuras, siguieron a la pareja que caminó hasta la portería del edificio. Allí se despidieron con un beso. Poco después, Noemi desaparecía por el portal.

Cuando Baxter tornaba a su coche, oyó unos pasos apenas perceptibles. Dio media vuelta de súbito y se encaró con la sombra que se le acercaba por la espalda.

—Quieto ahí quien sea o te frío —advirtió tajante y ya con la «Browning» en la mano.

—No dispaes, «Tigerman», soy yo —dijo una voz gruesa.

Como el sujeto se le acercara más, Fred lo reconoció enseguida.

—Ah, eres tú, «Cocotero».

—Sí, ya puedes encerrar tu artillería, que yo no soy ningún federal.

Baxter miró por un instante el arma, dudando sobre lo que debía hacer. En el fondo no se fiaba del mestizo ni de nadie, pero al fin optó por guardar la automática en la sobaquera. El mestizo podía recelar de él.

—¿Qué ocurre, «Cocotero»? ¿Me seguías?

—Pues, en cierto modo sí.

—Explícate, no te comprendo.

—Verás, yo quería hablar contigo pero te he visto marchar del club y...

—¿Hablar conmigo? —preguntó mirándole inquisitivo y receloso.

—Sí, pero ya te digo, te has alejado con el coche y he tenido que seguirte con el mío.

—¿Cómo se come eso, «Cocotero»? Si me has seguido, has podido abordarme antes, hace rato que estoy aquí parado.

Manuel sonrió abiertamente, mostrando sus dientes grandes y blancos. Sin embargo, en lo más recóndito de sus pupilas brillaba una luz asesina que la experta mirada del agente supo captar. No en vano en Quántico le habían enseñado psiquiatría, sus principios, sus bases y reacciones anímicas en los individuos anormales, alcohólicos, homicidas y de toda la gama de delincuencia.

—Te estabas despidiendo de la chica, no iba yo a molestar. La verdad es que no tenía demasiada prisa y podía esperar.

—Si podías esperar, ¿por qué no aguardabas a verme mañana? —preguntó el federal siempre con los ojos achicados, captando todos los gestos y movimientos más pequeños de su interlocutor. No se dejaría sorprender.

—Es que tenía que darte esto ahora, me lo ha ordenado Jack —anunció sonriendo amistoso para ver si pillaba desprevenido al hombre que su corazón y todo su ser habían sentenciado ya. El premio, Sabina Holliday. Valía la pena.

«Cocotero», que había echado su mano hacia atrás como si quisiera sacar algo del bolsillo posterior del pantalón, tiró luego adelante y en su puño apareció la hoja larga de un afilado acero.

Éste relampagueó un instante y luego fue impulsado con toda la

fuerza de que el corpulento mestizo era capaz.

La navaja buscó el abdomen de Baxter, haciendo al final una ligera curva ascendente. Manuel sabía cómo matar de una sola cuchillada. Mas aquella vez le falló el golpe y el acero solo rasgó el aire.

—Maldito «Tigerman», morirás... —rugió borrando su sonrisa por completo.

—Eso ya está mejor, «Cocotero», la lucha ha de ser cara a cara y no traidoramente.

Mientras pronunciaba aquellas palabras, Fred había atenazado la mano armada de Manuel y tiró de ésta con violencia, apartando al mismo tiempo su cuerpo.

El asesino siguió hacia delante.

Se produjo un escalofriante chirrido. El estilete se hundió en la carrocería del «Buick», tal era la fuerza con que había sido lanzado.

«Cocotero» sabía luchar, no en vano era un profesional del crimen. Mientras su brazo izquierdo que daba aprisionado, golpeó con el derecho en el costado de Fred haciéndolo gruñir de dolor.

—¡Te mataré igualmente! —masculló Manuel casi fuera de sí.

—Eso aún está por ver, compadre.

Baxter sacó la «Browning» deseoso de dominar la situación, pero ésta le saltó de las manos cayendo al suelo.

Percatándose de su superioridad física, pues pesaría unos treinta kilos más que su contrincante, Manuel estalló en una carcajada antes de decir:

—¡Ahora estamos iguales y podré machacarte los huesos con mis manos!

—¿Ah, sí? ¡Pues toma mi mano y rómpeme los huesos!

Como que Baxter tendiera su diestra hacia delante, Manuel cayó en la trampa.

Trató de aprisionarla entre sus dos manazas, mas sólo logró atrapar el aire. Aulló de dolor al sentir cómo los dedos del federal se clavaban como un dardo sobre su nuez, cortándole casi de inmediato la respiración.

Sin embargo, el mestizo era un tipo duro, un buen encajador, y Baxter se vio precisado a golpearlo de nuevo, esta vez en la mandíbula, para conseguir una pequeña ventaja.

Eran altas horas de la madrugada, la calle estaba desierta. No se

veía a nadie, y sólo la luz mortecina de un farol, situado a alguna distancia de donde se hallaban, iluminaba aquella lucha a muerte.

Intercambiaron nuevos golpes. Baxter tuvo que encajar algunos que, de no ser por su perfecta preparación física, le hubieran puesto fuera de combate.

Manuel, sudando ya ante aquel enemigo que en principio no creyera tan difícil, se arrojó en plancha contra él dispuesto a cargarle sus ciento y pico de kilos en el estómago, a ver si de esta forma se lo aplastaba dolorosamente.

Baxter, también jadeante, tuvo las décimas de segundo justas para fintar a la violenta embestida. «Cocotero» cruzó el aire como un dirigible.

Se produjo un estrépito de cristales y cuando Fred se giró, exclamó por lo bajo:

—Mala suerte...

«Cocotero» había estrellado su cabeza contra el escaparate de cristal de un comercio de ultramarinos de tercera categoría. Su rostro quedó encima de platos con queso y latas de conserva.

Pese al intenso ruido que produjera el escaparate al quebrarse, nadie salió a la calle. Las reyertas nocturnas no parecían interesar a los durmientes de aquel barrio pobre de Tampa, un barrio acostumbrado a toda clase de delitos.

Baxter se acercó a Manuel y le levantó la cabeza.

Éste, todavía vivo, le miró con sus grandes ojos abiertos, como si quisiera decir algo. Su voz ya no saldría jamás de su garganta, seccionada brutalmente por uno de los cortantes vidrios.

—Es inútil, «Cocotero», estás degollado —musitó Baxter, sin odio, pero con la serenidad de un científico.

Como si sus palabras fueran proféticas, Manuel cerró los ojos y quedó sin vida en el suelo, encima de los cristales y alimentos que jamás probaría.

Pesadamente, Baxter se dirigió al «Buick», deteniéndose frente al puño de la navaja que sobresalía en la carrocería.

—Un acero que tenía que hundirse en mi cuerpo... ¿Desconfiará ya Jack de mí? Tendré que ir con cuidado, mejor dicho, con pies de plomo. Quizás a la próxima me cojan desprevenido. Veremos qué cara hace «el Sonriente» cuando le hable de esto. No creo que «Cocotero» tuviera algo particular y concreto contra mí para desear

asesinarme.

Arrancó la navaja, guardó la hoja y después la metió en su bolsillo.

En aquellos instantes, alguien gritó:

—¡Alto, deténgase!

—Caramba, la policía. A buena hora... No me interesa que me cojan, podría resultar demasiado peligroso.

Saltó al interior del «Buick» y lo puso en marcha rápidamente.

—¡Deténgase! —ordenó el policía.

El «Buick», haciendo roncarse su motor, viró casi acrobáticamente sobre sus dos ruedas derechas y enfiló la calle para salir huyendo.

El policía llegó junto al cadáver de Manuel y tocó el silbato. Su estridencia halló eco en las calles oscuras y pronto comenzó la caza del hombre. La Metropolitana de Tampa estaba bien organizada.

Baxter tuvo que virar en varias calles para escapar a los coches patrulla, ya puestos en estado de alerta. Al fin, introdujo el «Buick» en el hueco dejado por dos autos aparcados y se tumbó en el asiento.

Los coches policiales pasaron casi rozándole sin descubrirle. En principio perseguían un auto fugitivo del que desconocían color y marca.

Fred aguardó una hora más en aquella posición y después tornó a poner el motor en marcha, alejándose rápidamente. Ya estaba a salvo.

Jack «el Sonriente» miró perplejo a Baxter, no le agradaba el gesto que traía.

—¿Qué te sucede, dificultades? —preguntó.

—Siempre es una dificultad que le quieran asesinar a uno a traición.

Sabina Holliday y «Spaguetti», que estaban allí es el despacho de la dirección del club, observaron a Jack como si éste tuviera que dar una respuesta.

—¿Qué insinúas, «Tigerman»?

Fred Baxter extrajo de su bolsillo la navaja y abrió la hoja que centelleó bajo la luz de la mesa. La estiró hacia delante y preguntó:

—¿Conoces esto?

—No —ratificó con un movimiento negativo de cabeza.

—Yo sí —intervino Baldini adelantándose. Tomó el cuchillo, lo

examinó y dijo—: Es de «Cocotero».

A Sabina le brillaron los ojos y su cuerpo sufrió una leve contracción que no pasó desapercibida al federal, atento a todos los gestos.

—¿De «Cocotero»? Entonces, ¿qué hace en tus roanos, «Tigerman»?

—Muy sencillo. Ha pretendido hundírmelo en el vientre y sólo ha conseguido clavarlo en la carrocería de mi coche. La verdad es que el mestizo tenía fuerza, seguramente yo no hubiera conseguido perforar la plancha de hierro.

—¿Quieres decir que «Cocotero» ha intentado matarte a traición?

—Exactamente, Jack, lo que ocurre es que ha tenido poca suerte.

—¿Dónde está él ahora? —preguntó Sabina interviniendo. Un tanto nerviosa, se sentó en un ángulo de la mesa despacho.

—Supongo que en la Morgue —indicó Baxter fríamente—. Ya os he dicho que no ha tenido suerte. Peleándose conmigo se metió de cabeza contra un escaparate y los cristales lo degollaron. Tuve trabajo para que la «poli» no me echara el guante.

—Pero ¿por qué diablos desearía «Cocotero» asesinarste?

—Eso es lo que yo te pregunto, Jack, quizá lo sepas mejor que nadie —gruñó Fred con sarcasmo.

—Yo lo ignoro. ¿Y vosotros?

Sabina y «Spaguetti» negaron con la cabeza.

—Bien, ya veo que nadie quiere darse por aludido. Os advierto que el próximo que quiera borrarne del mundo de los vivos debe ser más listo que «Cocotero». Sólo es un consejo. Ahora me marchó, todavía tengo que dormir.

Dio la vuelta, ofreciéndoles temerariamente la espalda. Al llegar a la puerta, se giró como si recordara algo y dijo:

—Ah, se me olvidaba. Mi abuelo, desde chico, me enseñó a dormir con un ojo abierto. Sería trágico para alguien que tratara de interrumpir mi sueño.

CAPÍTULO X

Sonó el timbre del teléfono. La mano femenina tomó el auricular y se lo llevó a la boca, preguntando casi molesta.

—¿Diga?

Escucharon unas palabras pero no pudieron entender lo que decían al otro lado del hilo. Jack y Baldini miraron a la rubia interrogantes.

—Sí, está aquí.

—¿Quién es? —inquirió Jack.

—Morgan, pregunta por ti.

—Ya, dame. —«El Sonriente» tomó el auricular y se apresuró a decir—. Soy yo, Morgan. Habla con toda libertad.

La voz del otro lado del teléfono llegó ahora claramente al oído del «gángster».

—Oye, Jack, te llamo para darte el resultado de la bala que me enviaste.

—Ah, bien, te escucho.

Morgan, que era un experto en balística, pero por simple afición, ya que no pertenecía a ninguna organización ni estaba sujeto más que a su «*hobby*», indicó:

—Es del calibre nueve.

—¿Puedes saber de qué arma ha salido? —preguntó «el Sonriente» deseoso de conocer más datos.

—No cabe duda de que de una «Browning», es inconfundible. Las estrías la identifican.

—¿Estás seguro?

—Desde luego. Podría jurarlo delante de una Corte si fuera preciso.

—Gracias, Morgan. Envíame la factura al club.

—Bien, Jack, y ya sabes, si alguna vez tienes un trabajito, piensa en mí.

—O.K. —le respondió el «gángster», dando por terminada la conversación, colgó el auricular.

—¿Va todo bien, jefe? —interrogó Baldini, el italiano.

—Yo creo que no. A Pat Mackency lo mataron con una «Browning».

—¿No es ésa la pistola que lleva «Tigerman»? —preguntó Sabina. Intuía que al fin podría llevar a cabo su frustrada venganza.

—Sí, eso es lo que estaba pensando.

—Entonces, ¿lo liquidó «Tigerman» y no el científico? —inquirió Baldini, que no era tan sagaz como sus compañeros.

—Está claro, Jack. «Tigerman» liquidó a Pat, luego a «Cocotero». Quizá no sea lo que a simple vista parece.

—¿Insinúas que nos la está jugando, Sabina? —preguntó Jack sonriendo ahora forzosamente, pues el problema que se le planteaba no acababa de gustarle.

—Sí. ¿Por qué ha venido a decirnos que «Cocotero» intentaba matarlo a él?

—Está claro —corroboró «Spaguetti»—. Lo que ha pretendido es enredarnos con eso de que han querido eliminarlo.

—Esto se pone feo. Si «Tigerman» no es lo que aparenta, puede que sea lógico que eliminara a Patrick cuando éste se metía con el científico, pero a «Cocotero», ¿por qué?

Sabina quiso aclarar la incógnita añadiendo rápidamente:

—Podría ser que «Cocotero» hubiera descubierto algo de sus manejos.

—Sí, quizá. Sólo caben tres posibilidades.

—¿A saber? —preguntó Baldini.

—La primera, que estemos equivocados.

Sabina atajó:

—Cosa muy difícil. Recuerda que a Patrick lo liquidó una «Browning». Sería bueno comprobar si fue la pistola de Fred la que disparó la bala que ahora tiene Morgan en su poder.

—Sí, Sabina, quizá tengas razón, pero veamos la segunda cuestión. «Tigerman» podría desear soplarnos el trabajo, haciendo el negocio él solo, cosa por otra parte imposible, pues él ignora para quienes trabajamos. En realidad, eso tampoco lo sabemos nosotros,

puesto que las órdenes vienen a través de cintas magnetofónicas anónimas. No importa para qué potencia extranjera trabajamos, lo que sí interesa es que en el día y lugar determinado encontremos el dinero prometido.

—¿Y cuál es la tercera posibilidad? —interrogó la mujer.

—Pues la de que «Tigerman» trabaje para la «bofia».

—Imposible —exclamó Baldini—. ¿Y los federales que liquidó?

—Podría ser un truco —advirtió la rubia ladinamente.

Tras unos instantes de reflexión, el jefe del «gang» dijo:

—Existe un hombre que puede sacarnos de dudas.

—¿Quién? —inquirió Sabina.

—Karl Ribentrov. El nos explicará lo que en verdad sucedió y si «Tigerman» ha mentido.

En las pupilas femeninas refulgió una llamita de triunfo. Jack «el Sonriente» no sería tan torpe como «Cocotero».

—Le daremos el pasaporte y el F.B.I, tendrá que comenzar de nuevo, porque no vamos a dejar ni una sola pista para que nos localicen. —Se encaró con el italiano y ordenó—: «Spaguetti», manos a la obra. Deseo saber cuanto antes a qué atenerme.

—O.K., jefe. Si ese tipo es de la «bofia», tendré mucho gusto en pasaportarlo.

La noche era cerrada y había llovido por la tarde. Había sido una tormenta veraniega que hizo que el ambiente de Tampa se tomara pegajoso, asfixiante.

El suelo estaba lleno de charcos en los cuales se reflejaba la luna o la luz eléctrica de los faroles.

«Tigerman» Fred no hacía ruido al caminar. Las suelas de sus zapatos eran siempre de caucho, a no ser que deseara presentarse en una fiesta de *smoking*.

Al cruzar una bocacalle, tan oscura como un colector, una voz sonó casi pegada a su oído.

—¿Me da fuego?

Su reacción fue inmediata. Se volvió y su mano se dirigió a la axila.

—Quieto, muchacho, no voy a hacerte nada.

—Inspector Rollan —exclamó quedo.

—Hola, Baxter. Sígueme, vamos a charlar un poco.

—¿No nos seguirán? Es muy peligroso, esos tipos no se andan

con manías.

—No temas, he estado vigilando la calle durante bastante rato. Ahí en ese callejón tengo mi coche.

—Bien —asintió Fred ya más tranquilo. Sin embargo, observó hacia atrás por si le seguía uno de los secuaces de «El Sonriente».

Cuando ya el «Ford» se alejaba a buena velocidad, Baxter sacó un cigarrillo que tendió al inspector prendiéndole fuego después con el mechero.

—Gracias, Baxter. —Aspiró el humo, y una vez lo hubo expulsado, dijo—: Tenía deseos de hablar contigo para saber cómo van las cosas.

—Bien y mal.

—¿Por qué mal? —preguntó mientras se veía obligado a girar el volante para no chocar contra dos luces de un coche que venía en dirección contraria.

—Creo que recelan algo.

—¿Tienes motivos para esa sospecha?

—Sí, han tratado de eliminarme. Uno de la organización, un mestizo, quiso acuchillarme. Cuando después se lo he tirado a ellos en cara se han hecho de nuevas, y por otra parte no creo que aquel tipo tuviera algo particular contra mí.

—No estarás hablando del tipo que han encontrante degollado en Oldbay Street...

—El mismo. Veo que está al corriente de todo, inspector.

—Es imprescindible, muchacho. Se está preparando un nuevo e importante lanzamiento con dos cosmonautas. Habrán de dar un paseo por el espacio y creo que tienen propósitos de hacer unas maniobras inéditas hasta ahora.

—Esta vez va en seno, ¿eh, inspector?

—En serio lo ha ido siempre, pero ahora resultara, trágico que sucediera lo de la otra ocasión. Tengo todos los alrededores de Cabo Kennedy y los de esta misma ciudad controlados hasta la minuciosidad, no quiero que se me escape nada.

—Será difícil, inspector. Los saboteadores están aquí y en cuanto intenten algo, yo lo comunicaré rápidamente.

—Pueden eliminarte, muchacho, ¿has pensado en ello? Acabas de decir que anoche lo intentaron.

—Sí, ya lo he pensado, pero para ello confío en una mujer.

—¿En una mujer? —repitió sorprendido Rollan—. Estás loco, no hay mujer que sepa guardar ningún secreto.

—Está sí, inspector, yo respondo de ella. En realidad, sólo tiene un sobre cerrado que abrirá en el momento en que yo esté en peligro y no pueda comunicarme con usted.

Rollan lanzó un gruñido de desaprobación. Al final, aceptó.

—Está bien, tú sabrás lo que haces. En realidad, el primer pellejo que está en juego es el tuyo, no lo olvides.

—Lo sé, señor. Ah, quisiera saber si Karl Ribentrov se ha puesto ya al habla con usted.

—Sí, lo ha hecho. El hombre está muy nervioso, lo he tranquilizado cuanto he podido, pero me temo que si le aprietan demasiado las tuercas sacarán de él lo que quieran. No es que sea mal tipo, pero sí algo flojo.

—Sí, cuando me entrevisté con él también estaba nervioso, aunque puedo asegurarle que posee unos puños muy potentes para sus años.

—Me dijo que le atizó al que iba contigo. He leído su ficha y resulta que hace gimnasia cada día, no es de extrañar que se conserve en forma. Ahora, dime, ¿qué hay del próximo sabotaje? Si el lanzamiento está cerca podría ser que trataran de dar órdenes terminantes a Ribentrov.

—Sí, podría suceder que se las dieran a espaldas mías ahora que ya está atemorizado. Por el momento, yo no sé nada al respecto.

—¿Y de la organización qué sabes? —preguntó saliéndose con el «Ford» por la carretera en dirección a Cabo Kennedy.

—Pues que lo llevan todo con sumo detalle y minuciosidad. Jack «el Sonriente» es un tipo peligroso que sabe lo que se hace. El «Scorpion Club» es suyo y allí están reunidos casi siempre él y sus hombres.

—Entonces, podríamos cercar el local con una redada y hacernos con todos esos saboteadores de golpe.

—No creo que lo consiguieran. El club debe tener alguna salida de emergencia, difícil de averiguar desde el exterior. En realidad, ellos en el club tienen poca cosa, amén de dirigir un pequeño negocio de trata de blancas con el que Jack «el Sonriente» se escuda ante el resto de hampones del país. Lo creen un simple tratante de blancas e ignoran cuál es su verdadera actividad en la que está

ganando millones.

—Si es verdad que es un tipo listo y escurridizo, tendrás que emplearte a fondo.

—Hago lo que puedo, inspector.

—No lo dudo. Ningún otro agente en activo podría hacerlo mejor que tú, que aún eres un aspirante.

—Gracias, señor, para mí esto es un elogio.

—Bueno entonces —dijo suspirando—, ¿dónde está la guarida de ese «Sonriente»?

—Dentro de un camión frigorífico de verduras, «Compañía Barton». Allí tiene varios ficheros en los que están controlados los miembros de la organización, los federales y todos los científicos que operan en la base de Cabo Kennedy. Además, tiene un emisor-receptor muy potente enlazado con una flota de automóviles que utilizan sus secuaces.

—Caramba con ese tipo, en la resistencia francesa hubiera enloquecido a los nazis.

—Eso mismo pienso yo, señor.

—Bien, Baxter, por ahora creo que la cosa marcha bien. Lo que no podemos permitir es que el próximo lanzamiento sea sabotado y sobre todo quiero ese camión frigorífico y los ficheros intactos. Deseo saber, hasta el último, todos los nombres de quienes trabajan para «el Semiente» y también las fichas de los científicos y federales. Estudiarlas nos servirá para evitar fisuras en adelante. El propio Hoover me ha recomendado una renovación total del personal en esta zona.

—Y el camión, ¿lo quiere guardar como recuerdo, señor? —preguntó ligeramente irónico.

—Pues no sería mala idea llevarlo a Quántico para que los aspirantes pudieran estudiar de cerca cómo forman sus guaridas los enemigos de nuestro país. Creo que sería una lección provechosa.

—Bien, inspector, si no me arrancan la piel antes, procuraré conservar entero el camión de marras.

—Eso espero de ti, muchacho. Ahora creo que ya nos lo hemos dicho todo. Regresemos a Tampa, no quiero que sospechen de ti más de lo que ya dices que recelan. Sentiría perder a uno de mis pupilos.

El «Ford» viró casi en redondo. Pisó el acelerador hasta el fondo

y no tardaron en ver ante ellos las luces de la población.

CAPÍTULO XI

El «Buick» rodaba a gran velocidad. El sol era cegador en toda Florida.

«Tigerman» Fred pisaba a fondo el acelerador, iba a reunirse con «El Sonriente» y su pandilla que le aguardaban en la milla cien de la carretera sesenta.

Paulatinamente, a medida que avanzaba, algo le cegaba más que el sol. No tardó en reconocer que era la pulida plancha de aluminio que protegía el camión frigorífico y que reflejaba la luz sobre sus ojos.

—Bueno, pronto veré a esa pandilla de indeseables. Veremos qué pretenderán ahora. Espero que el inspector Rollan se equivoque y esos tipos no saboteen el próximo lanzamiento aeroespacial.

El lugar resultaba un tanto solitario. Aquella carretera era de tercer orden y muy poco empleada por los automovilistas que deseaban cruzar la península de una parte a otra. A ambos lados de la vieja carretera se erguían frondosos bosques de pinos enanos.

Haciendo chirriar los frenos, detuvo el auto detrás mismo del poderoso camión en cuyas entrañas no se escondían alimentos congelados, sino hombres despiadados y dispuestos a matar.

Cuando descendió del coche, vio a Baldini que le hacía señas para que se dirigiera hacia la cabina, lugar por donde se pasaba al interior del camión convertido en guarida de indeseables.

—¡Ya voy! —le respondió avanzando hacia él.

—El jefe te espera dentro —indicó el italiano.

Baxter subió a la cabina y abrió la portezuela disimulada tras la litera. Se internó en el seudofrigorífico, más algo desagradable se apoyó su costado derecho.

No cabía duda, era el cañón de una «Thompson» 65, el último

modelo de metralletas, pequeña pero muy efectiva.

—¿Qué ocurre? —preguntó haciéndose el sorprendido.

Ben Trakope, que era quien acababa de encañonarle, le empujó hacia delante tras arrebatarle la «Browning» de la sobaquera.

Jack «el Sonriente», con una mueca de satisfacción y haciendo bailar sus pupilas tras las gafas oscuras que protegían sus ojos, señaló al hombre que permanecía sujeto de pies y manos en una silla.

—¿Conoces a este sujeto, «Tigerman»?

Fred tuvo suficiente con una mirada para identificarle.

—Sí, claro, es Karl Ribentrov.

—Antes de continuar te advierto que «Marine» apretará el gatillo de la tartamuda al menor movimiento que hagas. Ahora quiero decirte algo.

—Que sea más agradable que el juguete de este imbécil —indicó señalando con el pulgar hacia Trakope. Éste iba a golpearle ya con la ametralladora, pero la mano del jefe le contuvo.

—No te hagas el irónico, «Tigerman», no estamos para bromas. Sabemos que fuiste tú quien asesinó a Pat Mackency y no el profesor.

—¡No, no, yo no he dicho nada! —gritó Ribentrov aunque de forma que no quedaran huellas del sadismo.

Sus ojeras demostraban el haber sido ya torturado, empleado por «El Sonriente» y sus secuaces.

—¿Lo ves, «Tigerman»? Lo hemos estado martirizando y no ha querido decir nada, pero al fin él mismo se ha descubierto. Eres Un federal y lo sabemos.

—¿Un federal yo? —Estalló en una carcajada que pareció sincera.

Sabina Holliday, que hasta aquel momento permaneciera muda en un rincón, intervino:

—Sí, sí, eres un federal.

—Soñáis. ¿Cómo voy a ser del F.B.I, si he liquidado a varios de sus perros?

—Basta de teatro, «Tigerman» —cortó Sabina—. Toma, lee esta carta. Quizá la recuerdes bien.

Sabina Holliday le tendió un papel que fue reconocido al punto por el hombre. Éste transmutó su expresión radicalmente e inquirió

agresivo:

—¿Y Noemi? ¿Qué le habéis hecho?

—Antes de contestarte, será mejor que leamos la cartita que entregaste a tu amada, una cartita que sólo debía abrir en caso de peligro. Eso quiere decir que no confiabas demasiado en ella —silabeó la rubia con burlón sarcasmo.

—Vamos, Sabina, léela y acabemos de una vez —ordenó «El Sonriente».

—«NOEMI, LLAMA AL F.B.I. Y QUE TE PONGAN CON EL INSPECTOR ROLLAN. DILE QUE ESTOY EN PELIGRO, QUE “TIGERMAN” LE NECESITA. NO HACE FALTA MAS EL COMPRENDERA, FRED». —Hizo una pausa y terminó—: ¿No es para desternillarse de risa?

—¿Dónde está Noemi? —inquirió de nuevo.

—No te enfurezcas, «Tigerman». La llevamos de viaje contigo, está en este mismo camión.

Las pupilas del federal se clavaron en una caja larga del tipo de embalaje sencillo y que podía contener a una persona.

—Vamos, Sabina, no le hagas impacientar. Levanta la tapa.

—Enseguida —indicó ella riendo. Estaba llegando al cénit de su triunfo. Nadie la había rechazado en su vida y Fred pagaría cara su osadía.

Alzó la tapa y, estirada, apareció Noemi Parkington.

Baxter tembló de ira. La joven estaba quieta, demasiado quieta. Cerró los puños y clavó sus uñas en las palmas.

—No la habréis matado...

—No, todavía no —dijo Jack—. Sabina la tuvo que dormir un poco. Me dijo que recelaba de ella. Buscamos en su bolso y le encontramos la carta. Todo fue leerla y percatarnos de que sobraba del mundo de los vivos, pero ahora sólo tiene unos gramos de somnífero en el estómago.

—Sí, pero cuando despierte la caja ya habrá sido enterrada a seis pies bajo tierra. La pobre no volverá a ver la luz del sol y se va a llevar un buen disgusto al darse cuenta de que no puede salir de una caja de madera de chopo que le servirá de ataúd.

—Sabina, eres el ser más perverso que he conocido. En cuanto a ti, Jack, esto no te durará mucho. Mis compañeros están estrechando el cerco y pronto quedarás cogido en él.

—No lo creas, «Tigerman». Tú desaparecerás y ellos volverán a quedar a oscuras. El profesor Ribentrov, por la cuenta que le tiene, ejecutará nuestras órdenes y nosotros cambiaremos de camión. Utilizaremos uno de mudanzas, será el mismo sistema pero no creo que tus compañeros se perciban del cambio.

—Sois muy listos, pero no os saldréis con la vuestra.

—No tema, «Tigerman», yo no colaboraré con ellos aunque me arranquen la piel —dijo rabioso y decidido Karl Ribentrov.

—Tú calla, estúpido —ordenó Jack. Tomando un calcetín relleno de arena, le golpeó sobre el pecho.

Aqué! era el brutal tratamiento que le habían dado. Hasta aquel momento, Ribentrov había sido un hombre sano y fuerte pese a su edad. Ahora tosió y escupió sangre. Baxter agradeció con la mirada su heroica resistencia.

—No os saldréis con la vuestra. Si no es un agente será su sucesor, pero el F.B.I. siempre acaba coa los enemigos de la nación.

—Será una mala suerte para ti, «Tigerman», que no puedas disfrutar del sabor de la victoria. «Marine», llévatelo fuera.

—¿Acabo con él, jefe?

—Sí, dale una ración de plomo, que sus compañeros sepan que no nos andamos con chiquitas.

—Ya has oído, hijo de perra, camina —ordenó Ben Trakope de mal talante, aunque rezumando satisfacción por todos sus poros.

Fred se dijo que por el momento no podía hacer nada. Al menor movimiento, «Marine» apretaría el gatillo y todo el plomo del cargador quedaría alojado en su cuerpo.

No le importaba morir, pero ¿qué sería de Noemi, enterrada viva? Salió de la cabina siempre vigilado estrechamente, al tiempo que la rubia, brillándole el rostro de sádico triunfo, indicó:

—Yo voy afuera, Jack. Quiero ver cómo «Marine» lo convierte en una criba.

—Está bien, Sabina, ignoraba que te simpatizara tan poco. Yo iré preparando las cosas coa el profesor. Con unos toques más debo rebajar la capacidad de resistencia de este cerebro gris.

Mientras Ribentrov miraba a su verdugo con verdadero odio y terror, Sabina Holliday salió deseosa de contemplar la ejecución.

Baldini, el italiano, se quedó en la cabina con la puerta abierta. Acomodado en el asiento, podía contemplar perfectamente la

muerte del federal.

Ya en el suelo, «Marine» ordenó:

—Avanza unos pasos hacia el bosque. Tampoco será bueno que te encuentren demasiado pronto.

Mirando a la muerte con total indiferencia, Baxter anduvo hacia los pinos.

De pronto, ocurrió lo imprevisto para los saboteadores. Sabina advirtió rápida:

—Cuidado, «Marine», se acerca un coche. Que no te vea la tartamuda.

Aquella fracción de segundo en que Trakope bajó el arma, lo aprovechó el joven para disparar sus músculos y saltando hacia un lado sorprendió a sus enemigos.

Apenas hubo pasado el coche solitario, Trakope alzó la «Thompson» dispuesto a acabar con Baxter, pero éste se hallaba ya oculto tras un pino.

—Sal, tu agonía acabará antes —ordenó suficiente.

Aquella caza del hombre no iba a obtener los resultados apetecidos. Baxter estaba desarmado, pero tomó una piedra del suelo y la arrojó contra «Marine» con la habilidad de un pastor.

—¡Encaja esto!

—¡Maldito! —exclamó Trakope doliéndose y cayendo al suelo herido en la frente.

Aquella pequeña ventaja que acababa de adquirir no iba a ser desaprovechada por el federal. Otro en su lugar, hubiera huido perdiéndose en el bosque, pero él había aprendido en Quántico que al enemigo se le vencía dando la cara y saltando sobre él.

Antes de que lograra alcanzar al caído, pues le separaba de éste una tierra abrupta de más de quince pasos, sabina Holliday se había apoderado de la «Thompson». Su odio hacia el federal se acrecentaba por momentos.

—¡Yo seré quien te mate!

La mujer, ataviada con unos ajustadísimos pantalones y un ceñido «nicky» a rayas blancas y negras horizontales, apuntó hacia «Tigerman» que como un auténtico tigre avanzaba sin miedo hacia ella.

—No te saldrás con la tuya, víbora —rugió Baxter tomando con la mano el cañón del arma y elevándolo al aire.

Fred sintió una quemazón en la mano. La primera ráfaga envió el plomo al cielo nítido de aquel tórrido día canicular.

En aquel instante en que mujer y hombre forcejeaban con la metralleta, «Marine», desde el suelo, medio atontado, sacó la pistola que le quitara al propio Baxter y disparó contra él sin vacilar.

El destino hizo que Sabina se girara en aquel instante y su espalda casi descubierta por el generoso escote encajó las balas.

Unos orificios negros enturbiaron la blancura de su piel. Después rápidamente se fue tiñendo de rojo mientras sus piernas se doblaban y caía al suelo pagando con su vida los innumerables delitos cometidos.

Trakope se asustó al ver muerta a Sabina y al federal con la metralleta en la mano.

Quiso ganarle en rapidez, pero sufrió varias sacudidas y más de cuatro plomos quedaron enterrados en su pecho. Luego quedó inmóvil.

Cuando Fred alzó la vista, apartándola de los dos cadáveres que yacían sobre la tierra, escuchó y vio que el camión se ponía en marcha. Baldini, viendo que la situación se ponía fea para ellos, optaba por huir.

—¡No escaparéis! —Gruñó rabioso.

Probando hasta dónde resistían sus piernas, con la metralleta en la mano, saltó a la carretera y corrió tras el camión. Éste, al ser tan pesado, tenía un arranque lento y eso le perdió.

Tuvo que correr como un desesperado para alcanzar las barras que cerraban la puerta posterior. Se sostuvo en el aire, rozando casi el asfalto con sus pies y sujetándose con un solo brazo. Hubo de pasarse la metralleta en bandolera para poder trepar por el hierro.

Su agilidad felina le hizo subir hasta lo alto del camión, y percatándose de que el techo estaba muy resbaladizo, avanzó hacia delante. Tenía que llegar a la cabina.

El camión estaba lanzado a toda velocidad, deseoso de engullir la autopista que se perdía en el horizonte. Su extremo final se confundía con el cielo.

Procuró no hacer ruido y a la vez sujetarse bien, pues no ignoraba que un solo desliz le costaría caer del vehículo y con ello perder la vida y a sus perseguidores.

Se deslizó por entre la cabina y el vagón frigorífico hasta que

logró poner un pie en el estribo. Abrió la portezuela de golpe e introdujo el cañón de la metralleta por la abertura.

—«Spaguetti», frena o te envío con tus compañeros —ordenó tajante y sin contemplaciones.

Sabiéndolo todo perdido y deseoso de salvar su pellejo, Baldini abrió con el codo la portezuela de su lado y que daba al centro de la autopista. Se dejó caer abandonando el volante de este modo.

Cuando Baxter saltaba al interior del camión oyó un grito horrible, infrahumano. Sus nervios se estremecieron por un instante.

Cuando Baldini, hecho un ovillo, se había dejado caer, no había tenido tiempo de observar que un poderoso «Cadillac», lanzado a toda velocidad, trataba de pasarles.

Fue golpeado mortalmente y lanzado hacia delante y al costado como una pelota. Después, las gigantescas ruedas del vagón frigorífico concluyeron el trabajo convirtiéndolo en un amasijo de carne y huesos.

El «Cadillac» frenó junto a la cuneta. Baxter no podía perder tiempo y se preocupó del volante del camión, lanzado sin dirección y a toda velocidad por la autopista en una pendiente mortal.

Quitó el contacto y pisó el freno. Cuando se giraba hacia atrás, escuchó un grito de alarma.

—¡Cuidado! ¡Jack va a matarle! —advirtió el profesor que a través de la puerta abierta había observado la maniobra del federal.

Sin tiempo para moverse del volante, torció el cañón de la «Thompson». Apretó el gatillo manteniendo las pupilas achicadas, en Quántico le habían enseñado a reaccionar con bravura y presteza.

Con la pistola en su mano, Jack se retorció en el marco de la puerta que unía la cabina con el vagón.

Sus manos se cogieron a la jamba y acabó por deslizarse clavando primero las rodillas y luego besando el caucho que protegía el suelo.

Jamás estómago alguno había pesado tanto como el suyo, el cual había absorbido hasta la última bala del cargador de la «Thompson». Su rostro ya no sonreía al volvería a sonreír jamás.

EPÍLOGO

La base de Cabo Kennedy bullía de acción, tensión y nerviosismo, pues se preparaba el lanzamiento del último «Géminis» tripulado por dos cosmonautas.

El profesor Karl Ribentrov se apartó de sus colegas y anduvo al encuentro de Fred Baxter que avanzaba por el pasillo.

—¡Hola, «Tigerman»! ¡Cuánto me alegro de verle! —saludó con amplia sonrisa.

—No me llame «Tigerman», profesor, ahora soy el agente Baxter, del F.B.I.

—Sí, ya no parece el mismo sin la cicatriz y con la nariz menos abultada. La verdad es que ahora está mejor, pero si quiere que le diga una cosa, para mí siempre será «Tigerman».

—Bueno, profesor, no sé si enorgullecerme o enfadarme, lo que sí sé es que he venido a entregarla esto.

El profesor tomó un sobre abultado, sus manos temblaban. Con mirada agradecida preguntó:

—¿Son...?

—Sí, las fotos —puntualizó—. También están todos los clichés y desde luego las copias que se sacaron.

—¿No hay peligro de que...?

—No tema, profesor. Las fotos sólo las conoce el propio Edgar Hoover, el inspector Rollan, usted y yo, nadie más. Ahora son suyas y procure por su bien que nunca vuelva a sucederle algo semejante.

—Jamás, «Tigerman», se lo juro. —Tras estrecharle la mano efusivamente, pues su agradecimiento era infinito, se alejó en busca de sus colegas.

Baxter salió del piloto de control de lanzamientos de Cabo Kennedy y se dirigió por la galería subterránea hasta la zona de

aparcamiento de automóviles, la cual estaba más que repleta. La mayor parte pertenecían a reporteros de radio, prensa y televisión, amén de los corresponsales enviados de todo el mundo.

—¡Fred, Fred! —llamó Noemi desde el interior del «Ford» descapotable.

Baxter anduvo hacia ella. Saltó el volante y puso el coche en marcha, alejándose de la base.

—Fred, ¿estás contento?

—Sí, Noemi, sí. Tengo a mi lado a la mujer más bonita del mundo que dentro de pocas horas será mi esposa y el propio Edgar Hoover me ha entregado mi carnet de agente. He prestado mi primer servicio y mis superiores están contentos porque han podido destruir una criminal organización de sabotaje y han aprendido hasta el último de sus colaboradores gracias a los ficheros requisados. Ha sido una limpieza a fondo.

—Oh, Fred, si tú estás contento yo soy la mujer más feliz de la tierra.

La fémina se ladeó hacia el hombre mientras el viento hacía flotar su cabellera como una bandera tremolando. Al moverse, con el codo, dio al interruptor de la radio que se puso en marcha.

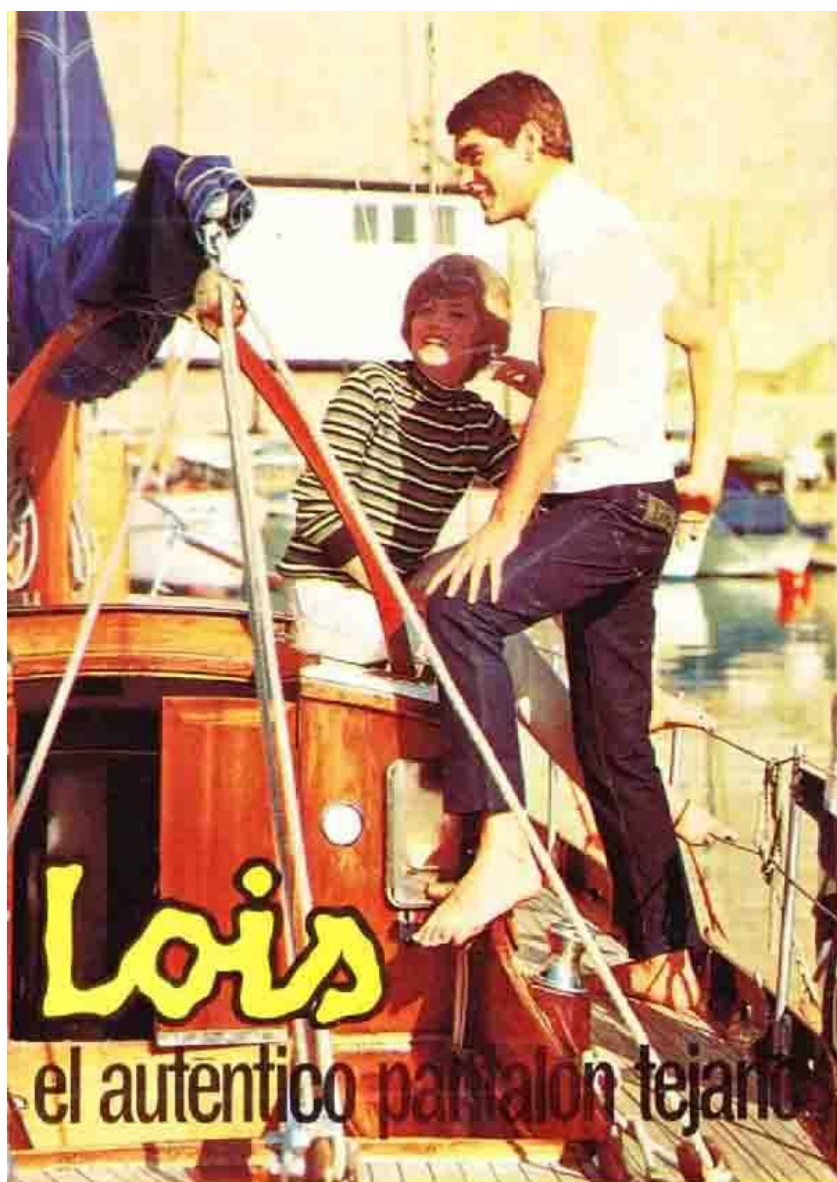
—Cinco, cuatro... —comenzó a decir una voz grave al otro lado de las ondas—. Tres, dos, uno, cero... ¡Fuego! —Se escuchó un gran fragor que llegó hasta ellos—. ¡Señores, caballeros, el cohete, con Lowell y Gordon en la cápsula, se eleva hacia el espacio con pleno éxito!

En efecto, el cohete, con su estela ígnea, se iba perdiendo en el firmamento nítido y azul.

Mas la pareja no reparó en ello. Estaban demasiado ocupados en contemplarse mutuamente.

En la carretera, alguien que venía en dirección contraria les gritó que tuvieran más cuidado. Aquel alguien parecía ignorar que Cupido tenía los ojos vendados...

FIN



Lois

el autentico pantalón tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.

Notas

[1] Barrio latino de Tampa. < <